

MARIA BASHKIRTSEFF

Memorias

Inéditas



MADRID

Ediciones «GÓNGORA»

San Bernardo, 50.



MEMORIAS INÉDITAS
DE
MARÍA BASHKIRTSEFF

Colección VERDAD

MEMORIAS INÉDITAS

DE

María Bashkirtseff

Prefacio de M.^{me} Renée d'Ulmés

Versión castellana de

BORSALINO



MADRID
EDICIONES GÓNGORA,
San Bernardo, 50

*Reservados todos los derechos para los
países de lengua española.*

Góngora. Madrid. 1913.

Imprenta: San Bernardo, 85,



El alma de una jovencita.

MARÍA Bashkirtseff, comenzó á los doce años á escribir sus memorias, ingenua y sinceramente, divirtiéndonos con sus ocurrencias, apasionándonos con sus entusiasmos y conmoviéndonos con sus sufrimientos.

Hemos recorrido esas páginas encuadernadas en pergamino blanco, ligeramente amarillento, como el sudario en que durmiera una esperanza.

Ahora presentamos un volumen precioso, no porque relate tal fiesta ó tal suceso, sino porque revela la mentalidad de una jovencita.

Esta vez, nos hemos interesado particularmente por los primeros cuadernos, trazados con una bonita escritura de rasgos animados y variables, según las impresiones sucesivas de una naturaleza flexible y sensible.

Son pocos los documentos que existen sobre los niños, de los cuales sólo el siglo XIX ha empezado á ocuparse.

En efecto: la verdadera personalidad del niño es secreta, pues no la confía á estos seres comprensivos y autoritarios que se titulan «las personas mayores». El, por sí, hace sus observaciones irónicas, y fragua sus delirios con todo el ardor de su alma.

Los niños juegan. Desafían con un sable ó con un palo á un mundo fantástico que han poblado con sus juguetes familiares: un elefante de trapo gris, un pato multicolor, grande como un oso blanco... Están en un bosque, y ojean, cazan y matan... Después bailan una danza sujeta á un ritmo secreto. Detienen para mirarlos y cesará el juego. Sus boquitas se entornarán silenciosas. El niño nos ocultará siempre las ingenuas observaciones que le sugiera su vista.

Nos parece, pues, muy interesante mostrar la existencia de una niña, no contada recordando años pasados, sino escrita al día. María Bashkirtseff fué

una niña de una inteligencia precoz, de una voluntad ardiente y de una intensidad de vida extrema. Mauricio Banés la definió juiciosamente diciendo que «muy joven había amalgamado cinco ó seis almas excepcionales en su pecho delicado y ya muerto».

La vida errante que llevaban sus parientes residiendo en París, en Londres, en Niza, en Roma, precipitaron la manifestación de su viva inteligencia.

Esta pequeña «desarraigada» acomodábase á tan variada existencia con la movilidad de los niños; mas supo conservar su personalidad para los estudios. Raro cuidado intelectual de la pequeña, viviendo al lado de extraños y soñando «llegar á ser célebre». Rodeada de refinado lujo, supo mirar hacia los humildes, pintándolos en sus cuadros con expresivos trazos.

Si este *diario* revela un espíritu precoz, guarda—y este es su encanto—, una espontaneidad infantil, pues la pequeña esclava fué una niña deliciosa, de cara rosada y ojos claros. Toda su maravillosa imaginación está revela-

da aquí: «¡Puesto que me he colocado un manto de armiño, imagino que soy reina!»

La vida sentimental de María ha inquietado mucho á sus biógrafos. Unos la han tachado de alma seca, indiferente. Otros, más advertidos, han visto que María considera el amor como una religión para la cual hace falta un dios. De aquí el delirio de la joven: «amar un ser superior». Y escribió á Maupassant.

Jean Finot ha hecho resaltar lo que había de «infinitamente trágico en la conciliación de estos dos sublimes seres, señalados por la muerte». Por esta causa, María no conoció al novelista.

Otro, Bastieu Lepage, interesó á la joven. Su doble agonía les aproximó un instante, y solamente la muerte unió perdurablemente sus nombres en nuestro recuerdo.

No busquemos el secreto sentimental que María no nos quiso revelar. Goncourt nos cuenta la historia de este Hokousaï que firmaba «*Vieillard fou de dessin*». Pensamos que María fué también la «*Jeune fille folle de dessin*».

Pero volvamos hacia un idilio poco conocido, el del duodécimo año de María. El hecho mismo nos resulta extraordinario. La joven quiso ejercer la maternidad prodigando caricias á infames rorros de cartón. Preludiaba su papel de mujer, jugando á ser amorosa.

Sencillas aventuras, las bosqueja en el catecismo, impregnado de un perfume de incienso. Muy parecidas á estas pasiones, nos parece el entusiasmo que la pequeña esclava sintió por el Duque de H....

Joven cándida é ingenua, dijo deliciosamente: «Le amo y esto es lo que me hace sufrir. Quitadme este sufrimiento y seré todavía mil veces desgraciada. Este mal hace mi dicha. No vivo más que de ella. Todos mis pensamientos están concentrados en esto: el Duque de H.... es mi todo. ¡Le amo tanto! Esta es una frase bien antigua y bien pasada de moda, puesto que ya no se ama».

Después de determinado pasaje de encantadora animación, donde el trabajo y los placeres excitan la vitalidad ardiente de nuestra heroína, otros días,

numerosos por desgracia, aparecen con la simple mención de la fecha, seguida de una raya. Son las etapas del mal en que su cuerpo encantador se abatía como una flor moribunda. Eran las alternativas de esperanza de los médicos consultados, todos para ella dignos de crédito, para caer en seguida en el extremo opuesto, dudando de la eficacia de todos los remedios con los cuales su piedad distrae la inquietud y la casi certeza resignada, que revela su frecuente frase: «Por lo demás, voy á morir».

¿Es de lamentar, para María, lo breve de su existencia? Es cierto que, dado su exaltado apasionamiento, ella no pudo encontrar la felicidad en el matrimonio que la sociedad mundana convierte con frecuencia en una asociación de egoísmos, de intereses y de hipocresías. Pero la maternidad la hubiera consolado seguramente, constituyendo para ella un delicioso refugio. ¿Cómo no, si María experimentaba singular complacencia en inclinarse sobre los rostros de cuantos niños hallaba á su paso, por

sorprender sus sonrisas reticentes, sus preocupaciones frágiles y sus miradas atentas?

La muerte traidora no la dejó realizar su destino y la pequeña esclava nos ha dejado el recuerdo de su encanto virginal.

En la villa de Niza, donde habitó María Bashkirtseff, se precisó la visión de una jovencita armoniosa, con la blancura de su habitual indumentaria, con mirada animada por ardiente vida, apareciéndonos, según dice Mauricio Darrés (1) «como una representación de la fuerza eterna que hace surgir héroes en todas las generaciones.

Para que ella nos sirva de buen consejo, cultivemos su memoria bajo la alta advocación de Nuestra Señora.

RENÉE D'ULMÈS.

(1) *La légende d'une cosmopolite.*





Nuevo diario inédito.

Enero de 1873.

(María tenía entonces doce años).

DEBO deciros que desde Baden no pienso sino en el Duque de H..... Después del medio día he estudiado y no he salido sino una media hora á la terraza. Estoy de mal humor y desazonada constantemente: si esto continúa, no sé lo que va á suceder.

No sé cómo pueden ser dichosas las personas que tienen algún secreto. ¡Dios mío! ¡Salvadme, por compasión!

La figura es bien poca cosa. No se puede amar por la figura solamente; es cierto que la figura hace mucho, pero cuando no hay nada más que ella.... Se ha hablado de B....., que tiene el mismo carácter que yo. Yo amo el mundo, él

es agradable, desea ver y dejarse ver... en fin, ama lo mismo que yo amo. Dicen que es jugador, ¡oh Dios mío! ¿qué maleficio ha podido cambiarlo? ¡quizá ama sin esperanza!

¡El amor dichoso debe hacernos mejores, pero el amor sin esperanza...! ¡Yo creo que es esto!

No, no; él debe estar simplemente empujado á este afrentoso abismo como lo suelen estar otros muchos jóvenes. ¡Paraje maldito! ¡A cuántos hizo desgraciados! ¡Oh! ¡Huid de él! Apartad de allí á vuestros hijos, á vuestros maridos, á vuestros hermanos: en otro caso son irremisiblemente perdidos.

B..... comienza. El Duque de H.... ha comenzado también y continúa, en tanto que podría vivir dichoso y ser útil á la sociedad. Pasa el tiempo acompañado de hombres y mujeres de mal vivir. Pero puede hacerlo mientras conserve algo: antes fué inmensamente rico.

Si cuando sea mayor me casase con B..... ¿qué vida sería la mía? Estar siempre sola, es decir, rodeada de hombres vacuos que querrán cortejarme, y

dejarme arrastrar en el torbellino de los placeres. Todo esto lo sueño y lo deseo, pero en unión de un marido á quien ame y que á su vez me ame.

¡Dios mío! ¡Quién diría que es la Mariita, una niña de doce años no cumplidos, la que siente todo esto! ¿Pero qué es lo que digo?... ¡qué triste pensamiento! Yo no le conozco y ya me caso con él.... ¡cuidado que soy bestia!

Verdaderamente, esto es enojoso. Ahora estoy más serena, como puede comprobarse por mi escritura. Los rayos de mi indignación se calman á medida que escribo. Se tranquiliza una mucho escribiendo ó comunicando á cualquiera nuestras ideas.

B..... no vale la pena. No me casaré con él jamás. ¡Si él me lo pidiese de rodillas! sería, ¡oh! olvido la palabra, sería inconvencible. No, no es esta la palabra. Sin embargo, si me amase mucho, mucho; si no pudiera vivir sin mí.... ¡Vanas palabras! No nos dejemos tentar por si acaso: no quiero ser débil.

Yo soy firme. Yo quiero ser resuelta. Quiero al Duque de H..... A este, al me-

nos, le amo. Su vida de disipación puede serle perdonada....; pero al otro, no.

Amo al Duque de H..... y no puedo decírselo: si se lo dijera, no me haría el menor caso. ¡Dios mío, apiádate de mí! Cuando él estaba aquí, tenía un motivo para salir, para vestirme. ¡Pero ahora! Me asomo á la terraza con la esperanza de verle de lejos siquiera sea un segundo.

¡Dios mío, mitiga mis penas! Yo no puedo rogarte más. Atiende mi súplica. ¡Es tan grande tu gracia, tu misericordia tan infinita, has hecho tantas cosas por mí! ¡Me has otorgado tantos beneficios! Tú solo, solo Tú, podrías inspirarle un sentimiento hacia mí!

¡Dios mío! Yo me le figuro como si hubiera muerto y que nada puede aproximarnos uno al otro. ¡Qué pensamiento tan terrible! Tengo lágrimas en los ojos y sobre todo en el corazón. Llora. Si yo no amase podría consolarme. Desde todos los puntos de vista me convenía como marido. No hay más. Le amo y esto es lo que me hace sufrir. Apartad de mí este sufrimiento y yo sería

entonces mil veces más desgraciada. Este mal constituye mi felicidad. No vivo sino de esto. Todos mis pensamientos se concentran en él. El Duque de H..... es mi todo. ¡Le amo tanto! Y eso que esta es una frase bien antigua y pasada de moda, puesto que ya no se ama. Las mujeres aman á los hombres por el dinero, los hombres aman á las mujeres cuando están de moda y para su personal ornato.

Así es que yo no puedo decir: tal ó cual día he visto un joven que me ha agradado. No he podido darme cuenta al tiempo de mirarle. Yo no puedo tampoco darme cuenta de estos sentimientos ni encontrarles expresiones apropiadas. Diría solamente: no sé cuándo ni cómo ha comenzado este amor. Ha llegado porque debía probablemente venir. Quisiera definir esto y no puedo hacerlo.

Ahora, si él fijase su atención en mí, creería que me dispensaba un alto honor; pero si llegase este caso, le haría ver que era yo quien le honraba al tomarle por marido, puesto que daba por

él toda mi gloria. ¿Qué otra felicidad puede ser mayor que ésta? Tener todo, ser una hija adorada por sus padres, mimada y con todo lo que una hija puede desear. Después, ser conocida, admirada, solicitada por el mundo entero, merecer la gloria y el triunfo cada vez que se canta, y en fin, llegar á ser Duquesa y tener al Duque que amo desde hace tanto tiempo, y ser recibida y admirada en todas partes. Ser rica por mí misma y por mi marido; poder decir que no soy una burguesa de nacimiento como lo son todas las celebridades; he aquí mi vida, he aquí la felicidad que yo ansío. Si yo pudiera llegar á ser su esposa sin ser cantatriz, estaría igualmente satisfecha; pero no siéndolo, lo creo muy difícil.

¡Oh! ¡Si esto se pudiera! ¡Dios mío! Tú me has hecho hallar el medio por el cual podría obtener lo que deseo. ¡Oh! ¡Señor! Ayúdame; yo pongo toda mi esperanza en ti; Tú, el único que todo lo puede, podrías hacerme dichosa. Me has hecho comprender que, mediante mi voz, podría lograr lo que ambiciono.

Debo, pues, concentrar todos mis pensamientos en mi voz; debo cuidarla, educarla y conservarla. Te juro, Señor, que en lo sucesivo no cantaré ni gritaré como antes.

Al salir de las H...., se me ha envuelto en un manto de armiño. Me he encontrado muy bien. Si llegare á ser Duquesa, un manto como éste me sentaría muy bien. Soy muy presuntuosa. Por tener un manto de armiño me figuro que soy reina.

Lunes. Nuestro día. Tenemos muchísima gente. Yo no he entrado sino unos momentos para pedir no sé qué cosa á mamá en mi calidad de niña. Antes de entrar me he contemplado en uno de los espejos: estaba bien; blanca, rosada, hermosa.

¡Si yo escribiese todo lo que pienso y todo lo que me propongo hacer cuando sea mayor, todo lo que puede olvidárseme y todo lo que es extraordinario! Un servicio de comedor en cristal transparente. Un tocado, de un lado; un peinado; de otro lado, otro tocado y otro peinado; de tal modo, que de un lado

sería una y de otro otra distinta. Dar una comida por invitación. He resuelto acabar este libro porque me asaltan estos días ideas extravagantes.

14 de Marzo de 1873.

En el paseo he visto á la señora V.... Si me he alegrado de verla no ha sido precisamente por ella..... á lo menos del todo; ha sido porque todo este mundo me recuerda á Baden.

Allí podía ver constantemente al Duque, porque casi siempre estaba en el paseo: esto no me servía de nada porque entonces era yo una niña. ¡Si pudiera yo ahora pasar un verano en Baden! ¡Dios mío! Cuando pienso que mi abuelo hizo con él conocimiento en un almacén. Si yo hubiere podido prever lo que había de suceder, hubiese continuado este conocimiento.

Yo no pienso más que en él; yo pido al buen Dios que aparte de él todo lo desagradable, le preserve de todos los peligros y le proteja siempre y en todo.

Todos estos días se habla del Duque de H.... y esto me proporciona un gran placer, excepto cuando me ruborizo.

En el paseo puedo disfrutar del buen tiempo. He visto á todo el mundo y soy dichosa. Una hora en coche; después á pie, hasta que la lluvia nos ha sorprendido.

Por la tarde al teatro, el teatro lleno de mundo elegante. A nuestro lado estaban los W.... Yo hablaba de baños, de caballos, etc. Hoy reflexiono. Es menester no perder un minuto sino emplear todo y cada uno de los instantes en estudiar. Algunas veces (tengo la debilidad, lo confieso), procuro aprenderme pronto las lecciones aun sin comprenderlas para terminar antes, y otras veces me pongo muy contenta cuando me mandan repasar las anteriores, porque así tengo menos que hacer.

Pero yo no quiero seguir así por mucho tiempo: debo acabar pronto todo lo que ahora estudio para comenzar á estudiar cosas más serias, como hacen los hombres, y ocuparme más de la música, comenzando el arpa y el canto.

Estos son grandes proyectos y muy acertados, ¿no es así?

30 de Marzo de 1873.

He soñado con el Duque. Tenía puestas tres especies de blusas de forma extravagante. Estaba en nuestra casa contemplando mis cuadros. Los apreciaba al propio tiempo que departía conmigo. Hablaba muy animadamente. Hablando de B...., me decía:

—«Hablaba con ella, la hice sentar y hablamos de vos.»

¡Oh, Dios mío! ¡Hablaba á ella de mí y era por mí por quien hablaba! ¡qué dichosa soy! ¡Al fin mis ruegos han sido atendidos! Después él sacó un papel ó no sé qué para preguntar unas señas, creo que para los trajes. Estábamos en el salón grande, me hablaba á media voz y me entusiasmaba con sus francas maneras, pues yo he visto en los cuadros que contemplábamos lo que él quería que viese. Es de admirar que yo no sintiese nada extraordinario y

que estuviese menos agitada que cuando no puedo conciliar el sueño.

Yo era dichosa; estaba en calma y satisfecha.

Estos transportes me ocurren aun sólo con ver su nombre escrito: porque yo no estoy segura de mi felicidad y ¡le deseo tan ardientemente!; pero cuando se tiene lo que se desea y lo que se ama, se está en calma. Así es que yo, en mi sueño estaba en calma porque no tenía nada que desear y no decía nada para no interrumpir mi felicidad. Yo me dejaba llevar dulcemente y con calma.

¡Cuál no sería mi sorpresa al encontrarme cuando desperté con que toda esta felicidad no era más que un sueño! Hablé de ello á los que me rodeaban, burlándome de lo sucedido para disimular mi alegría y el amor que siento por él. El me hablaba con ternura. No es esto precisamente, pero yo ya sé lo que quiero decir. No es que fuera para él menos pequeña y menos bella. Me creía llegada al puerto, pero al despertar me encontraba en plena mar y en medio de

la tempestad, como ayer, como quizá por mucho tiempo, hasta que él acuda á socorrerme á la orilla. Esto es una frase vana, pero expresa muy bien lo que quiero decir y por eso la empleo. Después una hora al piano. Después al paseo, donde hallamos á la señorita de G... con sombrero de anchas alas de fieltro gris, una de ellas levantada. ¡Oh, lo que yo daría por un sombrero como éste! Esto sí que es gracioso. Yo quisiera un sombrero parecido y un vestido del mismo estilo. Esto recuerda á las señoritas de otro tiempo, altas, bien hechas, esbeltas, bellas. Se diría que me extasío ante un vestido, ni más ni menos que ante aquel á quien amo.

Martes 9 de Abril.

Hoy llevaba una lección de Geografía. En América, buscando sobre el mapa una población, mis ojos han tropezado con este nombre trágico: isla de H..., en el Océano Artico. Me quedé como herida por el rayo. No sentía la tierra bajo mis pies. Mi corazón latía des-

compasadamente. ¿Puedo dudar de que le amo? ¡Si él lo supiera! Pero con la ayuda de Dios lo sabrá algún día. Dios es muy bueno y hasta ahora me ha concedido cuanto le he pedido.



Hoy, la señorita C.... me ha criticado porque en el paseo se me mira mucho. En la iglesia hemos hablado de religión; después, al hacer recaer la conversación sobre el Duque de H..., la señorita C.... dijo:

—¡Qué sociedad frecuenta! Hoy está en casa de los H....

Prefiero describir las conversaciones. Se ha hablado del Duque y yo le defendía calurosamente. Comprendo que he ido demasiado lejos.

Viernes Santo.

En la iglesia, al ir á adorar el sepulcro de Cristo, he contemplado todas las figuras y de pronto se me ha representado la suya, de igual modo que si él

hubiera estado allí. Nunca me lo he representado tan clara y distintamente. Esta vez le he visto como si fuera él. Con esta aparición, mi corazón ha comenzado á latir violentamente y me he puesto en seguida á orar. Quisiera conseguir evocar esta adorada figura, pero no es posible.

Al mismo tiempo que esta aparición, me ha asaltado una idea. Había muchas flores alrededor del sepulcro. He tomado una margarita. Esta flor es santa, puesto que estuvo cerca de nuestro Salvador. Ella me dirá si mis deseos han de verse satisfechos. Me pongo á deshojarla con el corazón comprimido. *Sí... no... sí...* ¡Oh, Dios mío! ¡gracias! ¡Creo en esta predicción, que es santa!

1.º de Julio de 1873.

Yo no quiero esperar más; moriré si no partiese. No puedo seguir en este horno. Hace mucho calor. Llamad y se os escuchará. Creo en esto y esto es mi consuelo. Vamos á Viena el sábado. Mamá se queda. No hay dicha comple-

ta. Es una gran verdad. Marchamos el sábado, yo, mi tía, Dina y Pablo.

29 de Julio de 1873.

Durante el viaje nos ha acompañado á todos la más franca alegría. ¡Oh! Italia es muy desagradable á causa de los italianos, que son todos unos cerdos. Quisimos tomar un baño y yo no creía hallar semejante comodidad en un hotel italiano de Génova. Quedé sorprendida cuando me dijeron que todo estaba preparado. A las diez hemos llegado al término de nuestro viaje. Nos alojamos en el Gran Hotel, donde todo es superior. Estoy muy satisfecha. Quisiera tomar un baño, pero es muy tarde.

Hemos ido á la Exposición. Hemos visto parte de Alemania, de Inglaterra y de Francia. Los vestidos son celestes.

Así es como yo me vestiré más adelante. ¡El arte hace admirable á los tocados! Adoro toda esta indumentaria porque contribuye á embellecerme; esto agradecerá á aquél á quien amo y yo seré

así dichosa. El tocado proporciona, pues, el paraíso en la tierra.

El pabellón ruso es muy bonito. Todo está muy bien. Hemos almorzado en el restaurant ruso, que es una especie de cervecería alemana. Los criados están uniformados de rojo y parecen caricaturas. No es extraño que se tome á los rusos por turcos. Yo me divierto mucho con todo esto. Los dos primeros días estuve como aletargada. Esto me ocurre con frecuencia, pero me pasa en seguida. Las estatuas italianas son muy originales. Hay expresiones y rasgos verdaderamente notables.

A decir verdad, la patria es siempre la patria. Todo lo que es ruso en el pabellón, es bello. Yo lo examino con atención. He leído nombres rusos en muchas mercancías y se me han arrasado los ojos en lágrimas.

A las siete hemos ido á oír la música. Había una concurrencia enorme. La música es toda vienesa y atrayente. Cuando ha terminado una orquesta ha comenzado otra. Había gentes de todas clases y condiciones, desde miembros de la fa-

milia imperial, hasta mujeres de moda, inglesas, etc.; un conjunto abigarrado y alegre.

El clima de Viena es delicioso. No es el de Niza, que abrasa en el verano.

¡En fin! ¡Partimos! Hemos ya en el vagón. No hay tiempo de coordinar las ideas. Dejamos atrás villas, casitas, cabañas, y en cada vivienda se grita, se ama, se discute, se ora. Cada ser humano que se ve pasar del tamaño de una mosca, tiene penas y alegrías. Hablamos de Baden. Pasaremos por allí mañana. Quisiera que nos quedásemos allí.

A las cinco de la mañana me despiertan. Estamos en París. Me visto de prisa por más que faltan todavía cincuenta minutos. Vamos al Gran Hotel.

París. Aquí la mañana es divertida. No se ve sino á los carniceros, taberneros, etc., abriendo y limpiando sus tiendas.

Al medio día estaba no sólo instalada, sino dispuesta á partir. En París me encuentro como en mi propia casa. Todo me interesa. En lugar de ser perezosa,

soy todo lo contrario. Quisiera no marchar, sino volar.

Hemos salido á pie. Me he comprado guantes. Me visto yo misma. De los 2.500 francos que tengo señalados he recibido 1.000. Hemos tomado un coche de alquiler para que nos condujera á casa de Laferriere, donde he encargado un traje negro (trescientos francos).

—He aquí al Duque de H.... No saltes del coche.—Mi tía me ha mirado severamente. Hoy me he preguntado á mí misma si verdaderamente amo al Duque ó si no será la imaginación. Tal vez á fuerza de tanto pensar en él me figuro las cosas de modo distinto á como son. Yo podría casarme con otro. Me figuro ser la esposa de otro. Me habla. ¡Oh! ¡no! ¡no!, la desilusión me mataría. Todos los hombres me disgustan, excepto él. En la calle, en el teatro, puedo soportarlos; pero pensar que un hombre pueda obtener mi mano, me pone fuera de tino.

No me explico bien. No sabría explicarme jamás; pero yo me entiendo.

Esta noche vamos al teatro. ¡Esto es

París! ¡No sé si estoy en él! Es, pues, esta capital de donde se sacan todos los libros. Todos los libros hablan de París, de sus salones, de sus teatros; la perfección por todas partes.

¡En fin! Ya he encontrado lo que deseaba, sin saber en qué consistía. Vivir, es París. París, es vivir.

Yo me martirizaba porque no sabía qué era lo que quería. Ahora, lo tengo delante de mí. Ya se qué es lo que quiero. Trasládame de Niza á París. Tener un piso amueblado; tener caballos como en Niza. Entrar en sociedad merced al Embajador de Rusia. He aquí lo que quiero.

¡Qué dichosa se es cuando se sabe lo que se quiere! Pero he aquí una idea que me asalta: ¿seré cursi? Esto sería afrentoso.

Hasta hoy no hemos visto el bosque, el Jardín de aclimatación ni el Trocadero, sitio donde nos hemos codeado con todo París. Verdaderamente, no había visto en toda mi vida nada tan bello como el bosque de Bolonia. No es de belleza salvaje; pero es elegante, rico.

Desde Tolón camino derecha á la adversidad. Todos los parajes me son indiferentes, excepto el adorado París y Niza.

Llegamos por último á esta tierra.

En mi ausencia han tomado un negrito que saldrá con nosotros en coche. ¡Yo no puedo mirar por la ventana! ¡No puedo soportar este verdor pálido, esta tierra roja, este aire pesado! Mamá dice que nos trasladaremos á París. ¡Alabado sea Dios!

Considero á Niza como un destierro. Ante todo voy á ocuparme de arreglar los días y horas de mis profesores.

Con el invierno vendrán las reuniones mundanas y la alegría. Esto no será Niza, sino un París en pequeño.

¿Y las carreras? Niza tiene su lado bueno. De todos modos, los seis ó siete meses que hemos de pasar aquí me parecen un mar que tuviese que atravesar sin apartar los ojos del faro que me guía. No espero abordar; me contento con ver esta tierra y espero la única cosa que sostiene mi carácter y me da fuerzas para vivir hasta el año próximo. ¿Y des-

pués? Mi fe. ¡No sé nada de ella! Pero espero y creo en Dios, en su divina bondad. He aquí por qué no desmayo. El que vive bajo su protección encontrará su reposo en la clemencia del Todopoderoso. Te cubrirá y protegerá con sus alas. Con su apoyo nada habrás de temer. ¡Su bondad te servirá de coraza y no tendrá que temer ni á las flechas que cruzan los aires durante la noche ni durante el día! No puedo expresar cuán sorprendida y cuán reconocida estoy de la bondad de Dios para conmigo.

12 de Septiembre de 1873.

Esta mañana hemos tenido una escena entre mamá, mi tía y yo. Yo no podía más, el vaso debía desbordarse; estaba rebosante. He llorado. Esto ha durado dos horas y media.

He pedido perdón. En este momento dicen que la casa de la calle de Francia está ardiendo. Corro. Todos estamos asomados á balcones y ventanas. Salen las mujeres llevando á los niños en bra-

zos. La casa no arde todavía. Es un patio rodeado de cuatro casas llenas de heno. Las llamas son imponentes, pero los vecinos de Niza son siempre los mismos. No hacen nada por atajar el incendio y se sitúan á distancia para contemplar el espectáculo.

¡Oh! Si esto ocurriera en Rusia, haría mucho ya que el incendio estaría apagado. Nuestros carruajes de bomberos, cuando acuden llamados á un lugar, meten miedo: en cada distrito hay uno con bomberos de casco de oro y muchas campanillas. (El ruido que hace el coche del Duque de H..... viniendo de lejos, me recuerda el carro de los bomberos).

Al cabo de media hora llega una cuba arrastrada por diez hombres ¡qué miseria! y cuatro soldados con sus fusiles. ¿Y es con esto con lo que estas gentes se proponen extinguir el fuego? Afortunadamente, el fuego había cesado antes de su llegada.

Vuelvo, pues, á lo que decía; una reforma completa en mi tocado y en mi carácter. Yo he de ser buena, amable,

dulce. Mi tarea ha de ser aparecer como el ángel del bien en la casa.

Quiero hacerme amar y estimar de todos, desde el último pordiosero hasta el Duque y el Rey. Esta es la promesa que he hecho á Dios. Puesto que yo deseo una tan grande felicidad, es menester que la merezca. Por ello, espero obtenerla.

Juro, pues, á Dios solemnemente, hacer lo que digo. Si falto una sola vez á mi juramento, piérdalo todo. Me dirijo á la Santa Virgen y le pido como hija que me guíe y me proteja.

Hoy me he levantado á las cinco de la mañana.

He trabajado y estoy contenta de mí misma. ¡Qué dichosa se es cuando una está satisfecha de sí! ¡Qué poco importa todo lo demás! Todo parece bien cuando se es dichoso. Mi felicidad depende de mí: me dedico con afán al estudio.

15 de Septiembre.

He hablado por primera vez en italiano. El pobre M.... (mi profesor), por

poco cae desvanecido ó se arroja por la ventana. Puedo decir que hablo el francés, el inglés y el italiano y aprendo el alemán y el latín. Estudio seriamente. Anteayer he dado mi primera lección de física. ¡Estoy satisfecha de mí misma!

He recibido el *Derby*. Descubro el Duque de H...., ¡un gran número de caballos; las carreras de Baden! ¡Cuánto desearía estar allí! Nada me lo impide, pero no quiero. Debo estudiar. Imposible; leo las reseñas de las carreras. Sofoco mi emoción á costa de un constante esfuerzo de voluntad y me consuelo diciéndome: «Estudiemos, estudiemos; ya llegará el día, si Dios quiere».

Leo este periódico. Mis ojos refulgen mientras mis manos están yertas. ¡No hay duda: adoro! ¡adoro los caballos! Esto es mi alma, mi vida y mi felicidad. Por casualidad he agitado mi fusta: he restrañado lo mismo que en las carreras. He saltado. No sé dónde me encuentro. ¡Basta, es menester no hablar más de ello!

20 de Septiembre.

A las cinco de la tarde quedo libre y voy á la ciudad con la princesa y con Dina. En la lección de francés he leído la Historia sagrada, los diez Mandamientos de Dios. Dice que no hay que hacer imágenes con lo que esté en los cielos. Los Latinos y los Griegos han faltado á esto, pues son idólatras que adoraban esculturas y pinturas. Por mi parte, estoy bien distante de seguir este método. Yo creo en Dios, nuestro Salvador, en la Virgen y venero á algunos santos: no á todos, porque hay algunos que han sido fabricados como los *plum-cakes*. Dios me perdone este razonamiento, si es injusto. Pero en mi limitado entendimiento, las cosas son así y no puedo expresarlas de otra manera.

¿Creeré yo nunca que Dios ordenó construir un tabernáculo para que sirviera de oráculo? ¡No! ¡no! Dios es demasiado sublime, demasiado grande para estas bagatelas paganas é insoportables. Yo adoro á Dios en todo. ¡Se

puede rezar en todas partes y Dios está presente en todas!

Ha venido G.... y no sé a propósito de qué ha dicho que los hombres son monos degenerados. Es un joven que tiene las mismas ideas que el tío N....

—«Entonces,—le he dicho—¿usted no cree en Dios?» El me respondió: «No puedo creer en lo que no comprendo».

¡Oh! ¡mala bestia! Todos estos jóvenes á quienes comienza á apuntar el bigote piensan de la misma manera. Son jovenzuelos inexpertos que creen que las mujeres no somos capaces de razonar y de comprender. Por ellos no somos más que muñecas que hablan sin saber lo que dicen. Hablan con aire protector y es sin duda que han leído cualquier libro sin comprenderlo y recitan párrafos de él como podría hacerlo un fonógrafo.

Mi interlocutor demuestra que Dios no podía crear porque en el Polo se han encontrado osamentas y plantas congeladas. De modo que esto ha vivido y ahora no existe nada de ello. Nada digo contra esto, pero ¿nuestra tierra no es-

taba trastornada por diversas revoluciones antes de la creación del hombre? No se toma al pie de la letra aquello de que Dios creó el mundo en seis días. Los elementos han necesitado, para formarse, siglos y siglos. Pero Dios existe; ¿puede negársele viendo el cielo, los árboles y los hombres mismos? ¿Podría negarse que hay una mano que dirige, castiga y recompensa y que ésta es la mano de Dios?

5 de Octubre.

Hemos ido con Pablo al Jardín de Tiro. Mis manos temblaban un poco, cuando por primera vez en mi vida he tenido en ellas una escopeta cargada, principalmente porque mamá decía tener mucho miedo. He tomado como blanco una manzana colocada á veinte pasos y he acertado. Toda la carga estaba en la manzana cuando hemos ido á reconocerla. El segundo blanco ha sido una hoja de papel de veinte centímetros cuadrados que voló hecha polvo, y por último, una hoja de árbol, con igual

acierto. Entonces me he puesto muy animosa y contenta. Todo temor ha desaparecido y me parece que tendría valor hasta para ir á la guerra.

Llevo á mamá triunfante la manzana y los restos del papel y de la hoja. Mamá se muestra orgullosa de mí.

¿Qué mal hay, en verdad, en tirar al blanco? No soy por esto uno de esos detestables marimachos con gafas, traje hombruno y bastón. Tirar la escopeta no me impide ser dulce, amable, graciosa, esbelta, vaporosa (si puede emplearse la palabra) y encantadora.

En el tiro, soy hombre; en el agua, pez; á caballo, jockey; en carruaje, jovencita; en las reuniones, mujer encantadora; en el baile, danzarina; en el concierto, rruiseñor con notas bajas extra y altas como el violín. Tengo una máquina en la garganta que penetra en el alma y hace latir el corazón de los oyentes.

Al verme con la escopeta, podría creerse que no soy afeminada ni indolente en la intimidad. Y sin embargo, algunas veces, cuando me desnudo por la noche, me pongo un largo manto ne-

gro que me cubre á medias y me siento en una butaca. Parezco entonces tan lánguida y graciosa (creo que, en realidad, lo soy), que no es posible figurársese tirando al blanco.

Soy un verdadero mirlo blanco, una rareza. Yo seré instruída si *Dios quiere que viva y me bendice*. Estoy perfectamente hecha, tengo hermosa figura, una voz sublime, espiritualidad y gracia: con esto seré una mujer. ¡Dichoso el hombre que me obtenga! ¡Tendrá el paraíso terrenal!... ¡siempre que sepa apreciarme!

Aquí todo me falta, y sin embargo, adoro á Niza. Se ama siempre lo que no nos ama. *Sic factae sumus*. Siempre que estoy en visita, en Niza, estoy como en mi casa y el proverbio dice: «Por bien que se esté en visita, se está mejor en casa». ¡Niza! ¡Niza! ¡Ingrata!

Adoro á Niza y la admiro desde mi ventana. Soy dichosa y estoy animada ¿por qué? lo ignoro, á decir verdad. ¡Ah! dejadme tranquila... yo creo en los naipes y ellos me han dicho que «sí». Me hace falta una ocupación. Tengo el

humor inquieto. Estoy dispuesta á todo. No necesito sino una idea. Mañana estaré abatida porque hoy mi imaginación vuela demasiado alto.

El reloj de la torre da las nueve. ¡Torre gentil! Gentil, yo! Ah! H....

Viernes, 8 de Octubre de 1875.

Salimos á casa de N... Esta buena mujer me molesta y me hace reir al mismo tiempo.

—«La primera cosa que hay que hacer en Roma—ha dicho mamá—es tomar profesores de canto y de pintura».

—Sí—he contestado—, y voy á comenzar á visitar las galerías.

—¿Y qué vais á hacer allí?—ha preguntado la señorita S...

—Pues copiar, estudiar.

—¡Oh! ¡estáis muy distante de ello!—ha dicho con convicción.

¡Habrás visto cómo me juzga esta loca!; pero no importa, me río de sus apreciaciones. Ponéos en mi lugar y comprenderéis la humillación que acabo de sufrir.

El buen Dios es cruel conmigo; ¡nada me concede! Pedir la cosa más simple, la más hacedera, demandarla como una gracia, como la felicidad, creer en Dios, rogarle y no conseguir nada! Bien está. Veo que las gentes se mofan de mí porque mezclo á Dios en todo. La cosa más vulgar, al resistirse, adquiere valor. Mi singular carácter da importancia á cosas que no la tienen. Francamente, es menester ser razonable, elevarme sobre mi pedestal y despreciar todas estas miserias. Todo se me pone en contra. El peinado está mal, el sombrero se ladea á cada instante, el volante del vestido se descose á cada paso que doy, los guijarros se me clavan en los pies.

Entro en casa desesperada y F..., ese maldito perro, se abalanza á mí, siempre juguetón; subo la escalera y me persigue con sus caricias: tengo paciencia, pero al llegar á mi cuarto le doy un puntapié y corre á esconderse bajo la cama, de donde sale al cabo de dos minutos agitando la cola y con ojos que parecen pedirme perdón.

¡Oh! ¡el perro! ¡el perro!...

¡No se me comprenderá nunca!...

Yo quisiera que quien esto lea encarnase en mí para que pudiera comprenderme: los demás no pueden comprender sino lo que sienten: para comprenderme es necesario ser yo... y yo, en los momentos lúcidos.

Me creo por cima de todo y la idea de que se pone al lado de otra, de que no se me considera diferente de las demás, me encoleriza. Yo quisiera que se olvide, que se pisotee, que se desprecie, que se anonade todo lo que me ha precedido, que no hubiese nada antes de mí y después sólo el recuerdo de mí. Sólo entonces estaría contenta. Cuando se presente la ocasión expondré todo mi pensamiento: ahora no estarían bien las palabras demasiado fuertes.



Salgo sin gusto y sin apresuramiento. N.... y sus hijos se pasean á pie y nosotros nos acercamos, engrosando el grupo.

—¡Ah! Si supieras cómo he tratado esta mañana al género humano..., sin saber por qué ni cómo—dije á M....

—¡Ah! ¡Si tú supieras cómo él se burla de ti! Tu crítica le tiene sin cuidado—replica espiritualmente M....

¡Es triste no tener nadie de quién ocuparse!

Mi cabeza está pesada y mis ojos se cierran y al mismo tiempo tengo deseos de seguir escribiendo: la pluma se desliza bien sobre el papel, y aun cuando no tuviese nada que decir, continuaría escribiendo por el gusto de llenar hojas blancas y por oír el agradable rasguear de mi pluma.

*Me pesa la cabeza y mis ojos se cierran;
sin embargo, continúo escribiendo
para contar lo que mi corazón guarda;
pero no puedo y ¡es tanto lo que tengo que decir!*

¡Está visto que las poesías serias no me resultan!...

Yo que pensaba que todo me debía salir bien, veo que todo me sale al contrario. De esto es de lo que no me consolaré nunca. ¡Cómo se repite todo en

este mundo! Antes iba á la terraza de Aguaviva y miraba á la derecha; era en invierno; la niebla invadía el paseo y yo veía al Duque de H.... entrar en casa de G.... y ahora hago exactamente lo mismo, sólo que entonces yo me mandaba amar y ahora me lo prohíbo.

Entonces, estaba loca por el hombre; ahora, el hombre me interesa porque me ha mirado.

En una palabra, ¿por qué y cómo? ¡Qué importan las razones! No amo aquello. ¡Oh! ¡estoy tan atormentada! Vamos—me he dicho—levántate... no hay que llorar por esto. Ponerme en pie, erguir la cabeza, sonreír con desprecio, con indiferencia; ya está todo. Mojar las cuerdas como en la erección del obelisco de Sixto Quinto y ya estoy en mi pedestal: pero me ha faltado el valor y he preferido seguir sentada en mi butaca limitándome á murmurar: «Todo me falta».

Confiesa, lector: ¿soy un hombre? Reconoce que tengo motivos para encolerizarme.

Yo, la reina, la diosa; yo, á quien se

debía adorar de rodillas; yo, que no quiero mover un dedito por miedo á hacer demasiado honor; yo, con mis ideas, yo con mi ambición, yo con mi orgullo, confieso que después de haberle visto entrar en casa de G... como si fuera en la suya, le tengo cierto respeto, el mismo que si fuera el Duque.

Esta tarde se representa por primera vez *Alicia de Nevers*, ópera bufa de Hervé. Nuestro palco está comprometido desde hace días: un proscenio derecha en el primer piso. Me visto con mayor cuidado que de ordinario. Peinado María Antonieta, salvo los polvos: todo el cabello levantado incluso la franja delantera y dejando algunos mechoncitos á cada lado. Mi frente, tan blanca, queda al descubierto, y me da cierto aire regio; por detrás dejo pender dos bucles, ligeramente ondulados.

Traje de tafetán gris, cuello de pichón y fichú blanco. En una palabra: María Antonieta completa. Me encuentro bien y contemplo la vil multitud desde lo alto de mi grandeza. Alumbrado á *giorno*. Me miran insistentemente.

Yo no podía impedir que me mirasen como á las otras. Todo el mundo ha venido á nuestro palco.

Yo me retiraba cada entreacto al fondo del palco para no tener que volver la cabeza á cada visita. En el momento en que se levantaba el telón, el hijo del Prefecto y A.... han venido á visitarnos. Yo los he recibido con perfecta naturalidad. Él tiene aire de extranjero.

—¿Cómo, señorita; es cierto que partís?

—¡Ah! ¡Dios mío! ¡Sí; señor!

—¡Pero no—dijo él como si le picasen con alfileres—, la señorita no partirá!

Yo no me digno responder. He estado política y amable, pero fría.

Al final, me ha preguntado si sigo pintando.

—Sí; siempre.



Hemos ido á casa de los S.... No veo á M...; está encerrada en un cuarto. Desde hace dos meses que la familia llegó de México, no la escribía C....

Ya sé que no se estima á las gentes que dicen lo que yo acabo de decir; son preferidas las que, como Dina, disimulan lo que saben por un falso sentimiento de falsa delicadeza y de piedad mal entendida.

Escucho bien estas palabras comunes pero verdaderas. ¿C.... te deja plantada? Escríbele una carta fuerte y retírate con honor; no esperes á D...., incomódate desde ahora.

Estoy desolada por M.... A los tres días C.... abandona Europa.

Pobre M.... He aquí lo que ocurre por amar con el corazón. He comprendido en seguida cuando ella me decía que C.... no la ha escrito largamente. Era á causa de las cartas anónimas que recibía: porque él pensaba que no le amaba. Sin tardar he comprendido también lo que él quería al venir. ¡Me pongo fuera de mí cuando pienso lo satisfecho que se volverá este mentecato á México! ¡Y esta desgraciada niña que llora desde esta mañana! ¡Me alegro! Todo lo había predicho. Hay que mantenerse firme, sobre todo, cuando el hombre

quiere retirarse, inventando pretextos, y la pobre mujer que se cree culpable de lo que la reprocha y esto y lo otro y lo de más allá, cuando en realidad no tiene nada que reprocharse. Y me apresuro siempre á ponerme en guardia contra toda afrenta evidente.

—Sí—dijo mamá—, se me ha dicho que ayer le habéis recibido elevándole hasta vuestro rango.

—No solamente ayer—interrumpió mi tía—, sino desde hace mucho tiempo.

—Es verdad—dije yo—; de otro modo yo no me consolaría jamás, porque él me ha ofendido al confundirme con otras señoritas.

—Yo estoy contenta—dijo mamá—de no tener entre nosotros ningún C.... Mi hija es pura y digna de ser amada....

—¡Oh! ¡oh!—dijo mi tía.



¡Oh, mujeres, mujeres; siempre seréis las mismas!

¡Aprende á conducirte, sexo infame!
Ved cómo él marcha derecho sin miedo

y sin vacilaciones, sin temor de heriros y llega á maltrataros; sin embargo, le sufrís y os inclináis ante él. ¡Oh! ¡Vosotros los hombres, si leéis esto, sabed que mi corazón está completa y profundamente apenado de concederos tanta importancia; pero sería de mal gusto y una mala táctica disminuir vuestro valor. ¿Qué es lo que vence á los cretinos? Sabed, los que lleváis pantalones, sabed que tenéis en mí un adversario. Me agrada engrandeceros para mejor sostener en mí el noble ardor que me anima.

Sábado, 23 de Octubre de 1875.

Había olvidado referir mi sueño de ayer. Yo veía ratones contra los cuales lanzaba gatos que los perseguían: entonces, estos ratones se convirtieron en serpientes que se refugiaron en sus agujeros, mientras los gatos se revolían contra mí, especialmente uno que hizo presa en la pierna derecha. Esto es un mal sueño. ¡Ah! ¡Sí, maldición! Ya veo que no hay nada bueno para mí

en este mundo. ¡Cómo vivir cuando todo falta, y todo se derrumba! Se tiene valor hasta cierto punto; se enardece más; se espera; pero llega un momento en que ya no se tienen fuerzas para seguir.

¡Bueno! ¡reiros, gentes escépticas! ¿Cómo osais, me diréis, pronunciar tales palabras, viviendo todavía vuestra madre? ¡Cuando tenéis una tía que os adora, una madre que os obedece, una fortuna á vuestra disposición y cuando gozáis de excelente salud! Tentáis á Dios.

He aquí lo que me diréis y yo os respondería que la vida está formada de cosas pequeñas, de igual modo que el cuerpo está formado de moléculas. Cuando estas moléculas se corrompen y se las lleva el demonio, el cuerpo no puede existir; de igual modo, la vida, cuando todo lo que la compone la colora y la hace adorable, falta, se pone mal, cuando todo escapa, cuando ni aun el menor deseo se realiza, cuando toda esperanza se desvanece, cuando todo engaña, es imposible. No hay manera de continuar así. Yo creo que Dios volverá á tomarme otra

vez de su mano. No en vano se han roto espejos en casa en lo que va de año. Se dirá que cuando se es joven se desea morir con demasiada frecuencia; se dirá un absurdo. Yo no tengo ningún deseo de morir; pero yo preveo mi muerte, porque una vida tan inútil y tan miserable como la mía no puede perdurar.

Diez veces me he interrumpido para llorar, y al pensar en este verano cuando lo comparo con el presente, me siento del todo desgraciada. ¡Cuántas ilusiones perdidas! ¡Cuántas esperanzas fallidas! Ya estoy libre de ellas, desengañada por completo. Iba á decir que mi corazón estaba destrozado, pero esto no es verdad; mi corazón está intacto, mi espíritu y mi carácter son los que se han agriado; las decepciones me hacen renegar de los hombres. Rodearé mi corazón de una triple coraza. No quiero ocuparme más de este hombre; no quiero pensar más en él; no quiero hablar de él; como en otro tiempo, me lo prohibo.

24 de Octubre de 1875.

Estoy admirada de mi conducta de ayer y no hay, en verdad, motivo para ello; si tuve el aire indiferente, es porque realmente lo estaba. Estas gentes no saben hablar; de arte y de historia no conocen ni aun los nombres. Me siento un poco embrutecida; no hago nada. Deseo volver á Roma... reanudar mis lecciones. Yo me fatigo; me siento envuelta poco á poco por la tela de araña que cubre todo esto, pero procuro defenderme. Leo.

En el teatro, la P..., con R..., su buen amigo, como dicen en Niza, se pone á reir cuando ve toda esta gente que nos rodea.

¿Por qué ríen las mujeres cuando están contentas y son curiosas? Mi madre ha notado esto cien veces y yo también, á pesar de mis pocos años... .

¡Triste situación la de la mujer! ¡Todos los privilegios para los hombres!; en cambio la mujer ha de estar pendiente de sus caprichos.

Yo sería una heroína si pudiese hacerme amar de este hombre.

¡Fatuo, loco, aturdido, arruinado, calculador, embustero, caprichoso, embrutecido por el frecuente trato con las mujeres fáciles! Los sentimientos de delicadeza, de verdadero amor, de honradez, que son el encanto del corazón humano, hace tiempo que ha debido perderlos. Todo lo supedita al ansia de dinero, de mucho dinero para darse la gran vida, y para sostener el boato que le rodea. ¡Qué dignas de lástima son las mujeres! ¿Es éste el hombre que mira desde luego; es éste el hombre que pide ser presentado; es éste el hombre siempre el primero en acercarse; es éste el hombre que invita á bailar; es éste el hombre que corteja; es éste el hombre que pide en matrimonio? La mujer es como este papel, este dócil papel en que escribo lo que quiero. Dios no me escucha, y sin embargo, no quiero dudar de Él! ¡Frecuentemente la envidia me domina, pero pronto resulto castigada.

¡Uf!... ¡qué cosa más despreciable es la vida!

Antes de cenar hemos ido á pasear á pie; hacía un claro de luna sorprendente; he dicho mil locuras con O..., y si Dina y M.... hubiesen sido tan locos como nosotros, hubiéramos dado el gran escándalo porque quisimos bailar al corro alrededor de un sacerdote que pasaba.

O.... ha escrito una novela, á lo que parece. Después de cenar hemos ido á buscarla, me encierro con ella y la doncella comienza á leérmela. A la segunda página la interrumpo y la propongo que escribamos una entre las dos. Yo voy emitiendo las ideas poco á poco y la doncella se figura que también es coautora. Esto será la historia de Dumas con la *Torre de Nesle*, pero yo no pretendo hacer valer mis derechos. La encargo que para mañana escriba una escena amorosa. La doncella no tiene pretensiones de ninguna clase y me pide ideas, detalles y correcciones con un perfecto candor.

En cuanto á mí, pongo inmediatamente manos á la obra y de un tirón escribo el primer capítulo, donde mi héroe, ha-

llando cerrada una puerta, salta por la ventana.



Se me hace el honor de hablar mucho de mí y de compadecerme. ¿No era esto lo que yo precisamente deseaba?

Mi Diario queda desatendido, porque he comenzado á escribir una novela y he de sacar adelante mi propósito. Gracias á Dios soy capaz de hacer todo aquello que me propongo. En dos días, dos capítulos; me parece que esto no va mal. He leído á Dina lo que llevo escrito y le ha parecido interesante. Además yo sé juzgar bien todo lo que hago y creo que esto marcha.

Mientras paseábamos á pie, rodeadas de jóvenes, estaba contenta y animosa; ¿por qué? soy pequeña y vana y tengo buen cuidado de expresar el deseo de volver á subir al coche antes de que mis acompañantes manifiesten el propósito de retirarse. Me han rogado que diésemos todavía una vuelta más. Muy bien. Ellos nos han acompañado hasta el landó.

Lunes, 15 de Noviembre de 1875.

Hoy gran día. La Opera. Estoy inquieta desde que me he levantado.

A las ocho y media hemos salido. Voy vestida con un traje de muselina blanca; falda unida al cuerpo y con una gran banda en la parte inferior; corpiño María Stuardo y un peinado apropósito. La sala está resplandeciente. Todo el mundo me mira y me admira. A mitad del espectáculo comienzo á sentirme alegre y satisfecha. A la salida paso entre una doble fila de señores que me miran con insistencia y no con malos ojos; esto se advierte en seguida. Mi pecho se levanta de satisfacción y alegría. Viene á desnudarme Leonia, pero la despido y me encierro en mi cuarto. Al entrar, me he visto de pronto en un espejo. Tengo el aire de una reina, de un retrato descendido de su marco. No tengo ya para qué decir:

«¡Ah! ¡si me vistiera como antes!»...
¡estaba vestida como se vestía antiguamente y estaba bella!

Se me figura siempre que los demás

no me ven tal cual soy. Lástima que en vez de estas menudas y negras letras no pudiese yo trazar mi mismo retrato; ¡lo extraordinario de mi tez, mis dorados cabellos, mis ojos, negros como noche obscura, mi boca, mi cintura! Los que me hayan visto sabrán cómo estaba.

Procurando ser sencilla, cual conviene á una casi niña de mi edad, estaba ataviada como nadie. Esto era lo difícil: diferenciarse de las demás, sin ser extravagante ni estar muy pesada.

Después me siento muy desgraciada y comienzo á entonar la canción «¿Conocéis el país...» al tiempo que me hincó de rodillas y lloro. ¿Por qué?... creyendo que el arrojarse al suelo alivia las penas. Porque en la última escena, una escena de amor, P.... tenía en la voz... acento que daba miedo.... Yo quisiera morir por algo verdadero y grande... moriría dichosa.

He aquí, cómo el que á hierro mata á hierro muere.

¡Lo que yo he amado ha sido tan breve! Me he sentido dominada por la desesperación. No sé cómo, el senti-

miento me martirizaba y me ha hecho llorar.

Martes, 16 de Noviembre de 1875.

Hoy salgo de Niza con mi tía y á cada momento voy á romper á llorar.

—¿Quieres una almohada?—me preguntó mi tía.

—¡No!

—¿Estás indispuesta?

—¡No!

—¡Como estás tan pálida!

—Estoy simplemente cansada.

—Debes estar mala; ¿qué es lo que te duele?

—¡Todo!... Dejadme, tía; no me interrumpáis, estoy meditando...

—¡Ah!

—¡Oh! no hay nada como el movimiento de un vagón para inspirar las ideas.

—¡Ah! ¡ah! Esto es otra cosa. No lo sabía.

Y ella me deja meditar á mis anchas.

Después de un rato de silencio me pregunta:

—¿Por qué A... ha palidecido cuando P... ha comenzado á cantar «¿Conoces el país...»?

—¿Cómo habéis podido observar esto? En cuanto á mí, no puedo apercibirme nunca de si se palidece ó se enrojece.

—Sí, tú porque no ves de lejos; pero yo sí veo. Se puso blanco como el papel cuando ella cantaba: «Allá quisiera vivir...»

—Yo no he visto nada.

Miércoles, 17 Noviembre 1875.

Las cosas han cambiado mucho desde el lunes. ¡Ya no quiero morir como quería antes, en cualquier parte y á cualquiera hora, y sin embargo, estoy abochornada de mí misma! He querido burlarme del hombre y me parece que es el hombre el que se ha burlado de mí. Esta injuria, unida á la cólera que siento por mi debilidad del lunes, hacen que le deteste.

A las seis hemos llegado al Gran Hotel, donde no había habitaciones dispo-

nibles. Hemos tomado alojamiento en el Hotel Espléndido.

No vale la pena tomar como héroe á un grosero nicense como este A.... y escribir tanto sobre él, me ha dicho mi tía. ¡Decididamente la pobre señora no comprende nada y es dichosa! Yo me ocupo de él, y por tanto, si me amase... mucho no consentiría en ser su esposa. Nadie en la casa le ha mirado como un partido conveniente. Se han fijado en él porque yo me ocupaba de él. Se hablaba de él porque veían que esto me agradaba, y es seguro que si yo dijera que quería casarme con él, me creerían loca, y se armaría el gran revuelo, porque se sueña con un trono para mí. Por tanto, no quiero casarme con él. Solamente digo que estoy contenta y es porque vamos á Roma. Continuando en Niza, yo no podría trabajar y esto sería para mí un tormento. Después de conocerle, después de que me ha cortejado, mis estudios se han resentido mucho, y sobre todo, desde que me parece, y casi estoy segura de ello, que no está locamente enamorado de mí, no he po-

dido leer un libro ni tocar el piano una hora.

París, 18 de Noviembre de 1875.

A pesar de lo fatigada que estoy, los trapos y adornos acabarán conmigo y con mi dinero. Pero he venido á eso precisamente á París y es menester hacer las cosas á conciencia. Excusado parece decir que no he de hacerme nada en color; todo ha de ser blanco.

Me siento triste, enervada, quisiera sonreír y llorar. No deja de ser interesante el amor.

Estoy en vena esta tarde; charloteo con mi tía y me quejo de M... A... Mi tía me responde que M... A... es una hija del arroyo, una descocada. Yo la replico que merece toda clase de castigos por haber formado, sin conocerme y por murmuraciones, una mala opinión de mí, y sobre todo, por haber mentido indignamente al ocuparse de mí. Cojo una hoja de papel y escribo:

«Viejo y maligno perro, tu hija no ama á G..., sino á un suizo del Tea-

tro italiano, verdaderamente guapo».

Y envió esto á D..., que lo depositará en el correo como procedente de Niza.

Tenía ganas de ladrar como los perros esta mañana. Suspiro y río al mismo tiempo. Esto es muy divertido.

¡Dios mío!—dije ayer á mi tía—¿creeis, pues, que yo puedo ser una amorosa? Lo que yo ansío es la riqueza. Si mi corazón late es porque veo en perspectiva carruajes magníficos, caballos soberbios; si enmudezco es porque envidio todo esto. No, señora; aun en el caso de que amase á alguien, el lujo de éste me curaría bien pronto del amor. No me conocéis ó fingís no conocerme.

Nunca he dicho más verdad que ahora. Mi tía me cree y se afana por consolarme, por calcular el modo de disponer de más dinero para satisfacer mis necesidades.

Yo adoro cuando se da pruebas de buena voluntad. Pero ella ha dispuesto una famosa derivación, tomando la línea férrea que me conduce hacia el Duque de H...! Hablo de él una vez más. Ayer le tuve tan presente en mi espíritu y

encuentro esto tan de mi agrado, que aun hoy todavía, me encuentro embelesada.

19 de Noviembre de 1875

He pasado un día entre L... y W... ¡Es interesantísimo, porque las telas y los vestidos forman un arte, un talento, una ciencia! La indumentaria femenina llevada á tal grado de perfección representa casi una cosa imposible.

Dios mío, ¡qué penosa es la vida cuando no se tienen por lo menos 300.000 francos de renta!

Me he encargado una docena de trajes, algunos sombreros y pare usted de contar. ¡Es absurdo, no debía de faltar nunca dinero para estas cosas! ¡Oh, el dinero, el dinero; cuánto le echo de menos; yo tomaría cualquier marido siempre que me proporcionase todo cuanto necesito!

—¡Vaya unas ideas para una mocita de quince años!—dice mi tía.

—Sí, querida tía; estas ideas no son

de hoy; las tenía cuando contaba doce años; las he tenido siempre.

—¡Tú estás loca!—replica mi tía.

—Lo mismo creo; pero ¿qué vamos á hacer?

—No vendrá la riqueza como no duermas diez noches seguidas. ¡Vamos, acuéstate! Es lastimoso lo que ocurre.

—¡Señora, es menester casarme!

—Pero no con E... Ese no conviene.

He escrito una porción de tonterías; esta noche, mis ideas resultan confusas, embrolladas y mi novela también. Cada vez que hablaba seriamente mi tía se alarmaba. Cada vez que yo reía, ella reía.

Sábado, 20 de Noviembre de 1875.

Toda mi casa ha estado en revolución durante tres horas, pero todo ha vuelto á la calma después de una entrevista de negocios con D... Con orgullo y certeza puedo asegurar que soy la cabeza más firme de la casa. Creo que esta vez han quedado solucionadas todas las dificultades, á menos que el negocio

se malogre cuando yo no esté en la casa.

Domingo 21 Noviembre de 1875.

Tengo vivos deseos de volver á Niza; sin embargo, seguimos aquí porque nuestra salida para Roma ha sido aplazada. Paso el tiempo quejándome en alta voz. Mi tía dice que estoy loca. Yo río y ella ríe. Esto es muy interesante.

Lunes 22 de Noviembre de 1875.

Hemos estado en casa de mis embelecadores y en casa de B... Mañana decidiremos lo de los carruajes. Después he ido á casa de B..., con la cual estoy en comunicación constante. He pasado una hora en su compañía, pues no nos une verdadero vínculo de amistad; sólo existe entre ambas simple conocimiento.

Hemos recibido una carta de mamá con el recorte de un periódico donde se hablaba de la inauguración de la temporada de Opera en Niza y donde

se dice una porción de cosas halagadoras para nosotras. Se habla, pues, de mí; pero pasemos adelante... Mamá ha ido á la Opera, y habiendo ocurrido no sé qué error sobre el palco, el viejo A... se ha apresurado á proporcionarle uno al lado del suyo. Después todo el mundo ha estado á saludarla; estaba con Dina y con O... Todos han preguntado por nosotras, excepto G...

Al acabar de leer esta carta, he hecho mis extravagancias, con asombro de mi tía. En seguida he tomado una hoja de papel y he escrito, desfigurando mi letra, una carta á A... D..., que decía así:

«Señor: He aquí una historia reciente y verdadera, que con vuestro maravilloso talento podéis convertir en un sensacional drama ó novela.

»Un señor rico, de cuarenta y cinco años de edad, se ha casado en España con una joven de dieciséis años, trasladándose ambos seguidamente á su castillo de Francia. El señor era viudo y tenía un hijo de ocho años. Este niño es hoy un joven de veintitrés, bello,

fogoso, leal y bueno. Su madrastra apenas tiene treinta y uno y continúa hermosa. Se aman y ella da á luz un hijo.

»Perseguida por los remordimientos, no puede soportar la presencia de su marido, el cual lo ignoraba todo. Ella se arregla de manera que es sorprendida por él en brazos de otro: el marido hace fuego sobre ella, pero no logra hierla.

»Se refugia en un convento, donde el marido va á perseguirla; quiere intentar contra ella un proceso y reclamar sus hijos, el mayor una jovencita de quince años. De esto se puede obtener un gran partido.

»Hay también una entrevista entre los dos amantes, en que él trata de convencerla para que se avenga á una reconciliación, poniéndola de manifiesto el escándalo que resultará para sus hijas de esta ruptura. Todo se soluciona con una separación de cuerpos y bienes; pero si lo preferís, podéis hacer que muera uno de ellos; el que preferáis, excepto el hijo del viejo, que se porta muy bien.

»Contestadme, señor, en la plana de anuncios de *Le Figaro*, á las iniciales C. P. L. si creéis que hay algo en la trama de esta historia.»

—Esto es innoble y absurdo — dijo mi tía.

—Es más que innoble y más que absurdo: es inicuo; ¿pero qué queréis? ¿acaso no conoce todo el mundo esta historia?

—Sí, pero no se habla de ello; no por el viejo que es un imbécil á juicio de todos, sino á causa del joven, á quien se le quiere. Sólo cuando éste ha hecho su aparición en sociedad es cuando se ha dejado de murmurar del otro.

—¿Por qué tiene el aire tan huraño?

—Porque se le ha tirado la piedra de que habla la tradición de Cristo y la mujer adúltera.

Miércoles, 24 Noviembre de 1875.

He dormido doce horas seguidas y ensayando en casa de L... me he sentido indispuesta. Es verdad que he esta-

do dos horas con estos vestidos mortificantes.

Hemos encargado en casa de B... un landó de ocho muelles, cinco asientos, muy azul, lo más bonito que hemos encontrado por el precio de 6.000 francos y un duque del mismo color; el duque es para mí. Ya me veo en este cochecito tan mono guiando y tatareando la canción «¿Conoces tú el país...?»

28 de Noviembre de 1875.

Ya estoy en Niza. Desde París hasta Lyon todo estaba cubierto de nieve; es extraño que no experimento la emoción de otras veces al llegar á mi querida villa.

En Tolón hemos encontrado á C... y le hemos traído con nosotras. Mamá y los S... nos esperaban en la estación. Las personas mayores tomaron un coche de alquiler y nosotras nos acomodamos en nuestro carruaje.

Hemos ido á la Opera. Llevo un traje de batista blanca en forma de camiseta, algo así como una camisa de dormir,

abierto por delante como al desgaire y ceñida á la cintura por una larga banda infantil. La sala está todavía muy triste. Los cuatro nos reímos á la vez á pesar de la tristeza general. Entro atontada, indiferente, en un estado desesperante, tanto que preferiría llorar. No le amo ya. Le odio con toda la fuerza que le habría amado. Nada en el mundo logrará borrar el resentimiento que haya tenido una vez.

¿Comprendéis todo lo que hay de ofensivo, de afrentoso en la palabra desprecio?

Yo sí lo comprendo. Yo recuerdo la bofetada que mi hermano me dió hace doce años y que cada vez que lo recuerdo me indigno tanto como si acabara de recibirla; yo, que guardo todavía rencor á mi hermanillo desde este ultraje de chicos, á pesar de que á cambio de aquel bofetón le he dado yo después muchas docenas. Había tanta ira en mis miradas que al verme en el espejo yo misma quedé sobrecogida. Todo se puede perdonar menos el desprecio. Yo perdonaría una crueldad,

un ataque violento, injurias proferidas en un momento de cólera y hasta la infidelidad del ser amado, ¡pero el desprecio!...

Lunes, 29 de Noviembre de 1875.

Hemos salido á las tres de la tarde. Yo que he venido á Niza buscando el buen tiempo, me encuentro con un frío parisién. Me pongo un sombrero de nutria, forma capota de bebé y mi gran pelliza de cibelina forrada de blanco. Este tocado llama la atención y me siento muy bien, á pesar de lo fatigada que estoy.

Me siento dichosa de encontrarme en mi casa. Estoy en mi gran tocador. Dentro de un mes mi gabinete estará terminado, es decir, cuando regrese de Roma. No pienso más que en volver á Roma, tener mi coche, pasar un mes en Niza, continuar los estudios que comencé en Roma, seguir las indicaciones de mis profesores y después ir á Rusia. Tanto dinero como hemos perdido y tantas cosas como se han malogrado

por causa de nuestro viaje. En la música estaba congregada una gran multitud. El general B... y V... han estado á nuestro lado. A... estuvo junto á nuestro coche.

—¿Va usted á estar mucho tiempo en Niza?

—Unos ocho días.

—¿Se marchan ustedes, pues?

—Sí—contesta mi tía.

—¿Y, adónde?

—A Roma.

—Sí, á Roma—digo yo.

—Usted, señorita, no hace más que viajar; eso es un torbellino.

—¡Qué cosas tiene usted!

Hemos paseado un rato á pie con el general, que me ha hecho reír haciéndome observar las diferentes maneras que tienen las gentes de mirarme: los hombres, por la figura; las mujeres, por la ropa.

En lo sucesivo no pienso ocuparme de nadie. Me convierto en Galatea; que se me ame, si se quiere.

Me pregunto por qué soy tan desgraciada. ¡No! Yo no tengo sentido. ¿Aca-

so si tuviera sentido me preguntaría estas cosas?

Se es dichoso ó desgraciado, nada se hace: ni ruegos, ni lágrimas, ni fe. Yo soy la demostración viva de ello; todo me falta.

¿Cuándo estaré en Roma? Quiero estudiar, pues aquí pierdo el tiempo inútilmente. Si no se hace nada, se está demás en el mundo. Pierdo mi tiempo y me aburro.

¡Oh miseria! ¿Pediré á Dios que me libre de estos tormentos? Mientras se vive, se tiene esperanza...

Sábado, 4 de Diciembre de 1875.

He anunciado á mamá que iré á estudiar el canto y lo haré, si Dios quiere conservarme la voz; este es el único medio de adquirir la celebridad que ansío y por la cual daría sin vacilar diez años de vida. Necesito ruido, gloria y lo he de conseguir, *Deo juvante*. ¡Sólo llegan las que se lo proponen y yo lo quiero con todas mis fuerzas! Tengo las ideas más vastas del mundo. ¡Lejos de

mí todo esto! ¿Es esto lo que yo deseo?
¡No y mil veces no....! ¡Yo he nacido
para ser una mujer distinguida, poco
importa cómo!

Mis aspiraciones son de grandeza.
¡Yo he de ser grande, yo he de ser cé-
lebre ó pereceré en la lucha!

Es imposible que Dios me haya dado
esta *gloria cupiditatis* como á S... para
nada, sin ningún fin... Me siento feliz
cuando pienso como hoy. ¡Oh, mi voz!

Hemos ido á la Opera para tomar un
palco para esta noche. Representan el
Barbero de Sevilla, mi ópera favorita.
Aspiro á cualquier cosa desconocida,
fabulosa: quisiera ser célebre, cantaré ..
Es admirable, toda la compañía italiana
me saluda. Estamos en el número 2.
Llevo mi vestido Imperio, con el que tan
á gusto me encuentro, y un peinado de
diosa del Olimpo: cabellos caídos hasta
más abajo de la cintura y rizados natu-
ralmente en forma de bucle á la termina-
ción. El general estaba con nosotros,
siempre encantador.

—Esperad—le digo—; ¿sabéis lo que
voy á hacer?

—Usted dirá, señorita.

—Voy á hacer de espejo.

—¿Cómo?

—Mirad.

Y adopto la misma postura que el viejo A... que está enfrente: si él pone la mano sobre la barandilla, yo hago lo mismo; si él apoya la cabeza sobre la palma de la mano, yo le imito; si él juega con su cadena, reproduzco sus movimientos; si él se rasca la oreja, yo me rasco la mía. Me río; él sonríe dulcemente.

El general se ríe, Dina se ríe, todo el mundo se ríe.

Cada vez que él cambia de postura, yo reproduzco sus movimientos como el más fiel espejo.

Llegamos al último acto; el teatro está medio vacío y yo continúo mi juego hasta el último momento. Salgo brincando de alegría, satisfecha y decidora.

Esta tarde en el teatro, *Mignon*.

He escuchado su representación con placer y enternecimiento. Todo lo he olvidado, tocado y público. Con la cabeza recostada en la columna he devo-

rado las encantadoras melodías. Si se representase *Mignon* en mi cuarto, sólo para mí, me embelesaría lo mismo ó acaso más. Con un público interesante nada se oye. Yo he visto muchas veces esta ópera y cada vez he quedado emocionada.

Es imposible imaginar mi impaciencia por ir á Roma y dedicarme de lleno al trabajo. Estudiar, estudiar, he aquí mi más vivo deseo. Me vuelvo loca de alegría á la vista de mis queridos libros, de mis adorados clásicos, de mi adorado Plutarco.

Llevaré conmigo algunos libros para leer, porque supongo que hemos de recorrer mucho mundo sin encontrar á nadie conocido.

Domingo, 12 Diciembre de 1875.

Hace un tiempo hermoso. La concurrencia es grandísima cuando salimos. La circulación se restablece y partimos al paso en medio de una doble barrera formada por toda la juventud de Niza. Todos agitaban sus sombreros; parecía-

me como si yo fuese la hija de un rey á quien se saluda al pasar.

Encontrámos al Sorprendente, que descende de un cochecillo y nos da el segundo sombrero. Me divierte esto mucho y río. Voy con O... ¿Por qué nos hemos reído tanto? Ya volveré á ocuparme de esto.

Domingo, 19 Diciembre de 1875.

Mañana se da en el círculo del Mediterráneo un concierto á beneficio de la Escuela gratuita de Bellas Artes. He ido allá para tomar los billetes. He entrado por la puerta grande y me han hecho pasar por galerías muy bien alumbradas y calefaccionadas hasta llegar al despacho del secretario, que me ha obsequiado con un volumen que contiene el reglamento y la lista de socios. ¡Qué dichosos son los hombres!

El círculo me ha causado excelente impresión; reina allí una fraternidad y una intimidad conventuales. No me extraña que estos buenos señores huyan de sus domicilios, mal alumbrados, con

escasa ó defectuosa calefacción, con criadas zafias, con su esposa en traje de casa y malhumorada para ir á refugiarse á un paraje donde todo está bien, confortable, tranquilo y elegante (en un país donde florece el naranjo, donde la brisa es más dulce y el pájaro más ligero).

¡Oh, mujeres! no os quejéis; dedicaros más bien al cuidado del hogar.

Pudiera enjaretar aquí largas instrucciones, pero me limito á decir: «Haced que vuestra casa se parezca lo más posible á un círculo y tratad á vuestros maridos como lo tratan las señoras L... y C...; vosotras seréis dichosas y vuestros esposos también.»

Al presente estoy tranquila y discuro de este modo: ¡Oh miseria! ¡Oh desesperación! Lo que escribo no representa sino una parte de lo que pienso.

¡Dios mío! tened piedad de mí. Buenas gentes, no os burléis de mí; puede ser que yo mueva á risa, pero soy digna de lástima. Con mi carácter y mis ideas no llegaré jamás á expresar lo

que siento. No podré hacer comprender á nadie lo desgraciada que soy y es que he de estar muerta de pesares, de odio, de rabia ó de desprecio y tengo valor para aparecer jocosa. En verdad que mi salud y mi carácter son excelentes. Siempre que lo que acabo de decir no me atraiga la desgracia.

Tengo todavía que decir otra porción de cosas, pero estoy cansada.

Me contento con escribir con letras grandes: «Soy desgraciada»; y con letras más grandes todavía: «Dios mío, socorredme, ¡tened piedad de mí!...»

¡Estos renglones representan hora y media de rabia, de lágrimas, de amor propio herido y dos horas de oraciones!...

He empleado todas las palabras, he usado de toda mi energía; ya no tengo paciencia ni fuerza; no me queda más que un recurso.

Mi voz. Para conservarla, es menester cuidar mi salud. Una semana como hoy y puedo despedirme del canto!...

No. Quiero ser discreta, quiero rogar á Dios. Iré á Roma. Estoy desesperada.

Maria Basbkirtseff

Pediré al Papa que ore por mí. ¿En mi locura puedo confiar en esto?

Mañana hablaré á mamá de mi idea. Ayudadme, Dios mío.

Jueves, 23 de Diciembre.

Estoy triste y descorazonada. Mi marcha es como para ir al destierro. Quiero seguir en Niza, pero esto es imposible. La cosa más sencilla, cuando se nos resiste, adquiere un valor que antes no tenía.

Viernes, 24 de Diciembre.

B... ha estado en nuestra casa. Por algunas palabras de su conversación, ha despertado en mí tanto amor á Niza, tanto sentimiento por la marcha, que soy completamente desgraciada.

Yendo por el mundo se encontrarán paisajes sublimes, montañas encantadoras, precipicios imponentes, bellezas salvajes, ciudades pintorescas; pero al volver á Niza, aun reconociendo que todo aquello era magnífico, se tendrá

que confesar que aquí todo es gentil, todo es gracioso, todo simpático; aquí es donde se deseará estar, puesto que aquí se puede estar solo y acompañado, ocultarse y exhibirse, como se quiera. En ninguna otra parte se respira tan libremente, tan á entera satisfacción; en ninguna otra parte se encuentra esta mezcla extraordinaria de lo verdadero y de lo falso, de lo sencillo y de lo artificioso. En fin, ¿cómo lo diré? Niza es mi ciudad: parto, pero volveré.

*Partir, pero sentirlo;
El sentimiento tiene sus encantos.*

Como ha dicho uno de estos diablillos que se llaman poetas.

Mañana es Nochebuena, y he discurredo en unión de C... la siguiente diversión: Compraremos un par de zapatillas muy grandes, un jockey, dos riendas de juguete y dos borreguitos. Meteremos á éstos en las zapatillas, haremos con todo un paquete y con un alfiler sujetaremos una carta, así concebida:

«Petite Nochebuena ha encontrado á

petit E. bueno y sano, y espero que continúe así. Los borreguitos son para petit E. y las zapatillas para papaíto». Y en el sobre ya se adivina el qué. Pero no enviamos esto en seguida. Dina se disfraza de hombre, y con sus gafas azules y su tez pálida tiene todo el aspecto de un profesor de Matemáticas.

C... y yo nos hemos disfrazado también, y á las ocho de la noche nos hemos ido al Círculo, diciendo al cochero que entregase el paquete al conserje de parte del Sr. E... Nos hemos reído mucho, como en los buenos tiempos. Lo que más me divierte es ver á una mujer seria, hacer las mismas tonterías que yo.

Esta mañana hemos tenido la visita de la hermana T... que nos ha dejado dos tarjetas. *Las Religiosas del Buen Pastor*. Tomo una y añado S. D. y con una dirección escrita la envío á la Torre.

Sábado, 26 de Diciembre.

¡Ah! ¡son felica! ¡Ah! ¡son rapita!
¡Encontradme una lengua que sirva

para expresarse con tanto entusiasmo! Por eso me sirvo de ella para definir mi estado. Hace un tiempo encantador. Todo el mundo ha salido; á pesar de mi velada de ayer, estoy alegre.

Me paseo encantada, dichosa, cantando á media voz *Mignon* y todo me parece bello. Todo el mundo me mira con un aire muy amable, y todos los conocidos se apresuran á saludarme. Yo quisiera abrazarlos á todos. ¡Ah, qué bien estamos en Niza! ¡Yo no quisiera partir!

Tengó ansia de divertirme, quisiera llevar á todo el mundo á casa, dar un baile, una comida ó una cena, organizar un carnaval diabólico....

Quisiera que viniera todo el mundo, todo el mundo. En el fondo yo no soy mala; lo que es, que soy un poco loca.

¡Ah! ¡son felica! ¡Ah! ¡son rapita!
Dio Virgina Sanctissima.

Hemos ido á la Opera mamá y yo, hemos estado en el tercer palco del primer piso. Mi tía y Dina en el segundo, al lado del Sorprendente. Llega T...; el

general B... está con nosotros. Se abre la puerta y aparece el Sorprendente.

—¡Y bien!—digo—¿Festejáis la Navidad?

—Ya lo creo. Figuráos que he recibido un par de zapatillas.

—¿De zapatillas?

—Sí; y las mías estaban tan usadas que me han llegado muy oportunamente, junto con una carta anónima, que no estaba firmada—es muy natural, las cartas anónimas nunca están firmadas.—El mismo día, he recibido en un sobre una tarjeta de visita de las *Religiosas del Buen Pastor*.

Todo el mundo suelta el trapo á reir.

—¿Qué quiere decir S. D.?—pregunto yo.

—Se despide.

—¡Ah! Sí; es verdad.

—Desde hace algún tiempo vengo recibiendo muchas cosas. El otro día un pedrusco atravesado por una flecha. Todos los del palco vuelven á reir y yo también. Pero yo veía bien que él estaba furioso y que desconfiaba de todos.

Es lástima que sólo se acuerde de estas bromas inocentes.

—Es usted muy dichoso, pues yo no recibo nada de nadie.

—¡Ah! si usted quiere, puedo enviarla las zapatillas.

—Pero si son tan grandes, ¿qué quiere que haga con ellas?

—Eso no importa. ¡Os enviaré todo ello!

—Es curioso. ¡Estoy descubierta!

LIBRO LI

Del domingo 27 de Diciembre, al domingo 8 de Enero de 1876: Niza, Paseo de los Ingleses, 55, duplicado. En mi quinta.—Desde el lunes, 3 de Enero en Roma, Hotel de Londres, Plaza de España.

Domingo, 27 Diciembre de 1875.

En la música, G..., M..., vienen á hablarnos y me dicen entre otras galante-rías: «¡M..., quisiera daros mi experiencia, tanto es lo que os amo!... ¡No, verdaderamente, señora (dirigiéndose á mi

madre), tiene un espíritu extraordinario, desarrollado, amplio!; pero la falta la experiencia... M..., hijo mío, yo os daría consejos.

—Dadlos, señor, dadlos.

--Pues bien, no améis nunca seriamente, porque en el mundo entero no hay un solo hombre digno de vuestro amor.

—Ya lo sé. Demasiado sé que los hombres no valen nada. Vos no valéis lo que vuestra esposa, puedo asegurároslo.

—Tenéis razón, M...

—Tienes razón. Así es que yo no amaré nunca á nadie; adoraré y haré locuras y hasta si se presenta la ocasión, novelas, pero no amaré jamás, porque con conciencia, desde lo más profundo de mi ser, estoy convencida de que los hombres no valen nada; además de esto no encuentro á nadie ni moral ni físicamente digno de mi amor. Debo decir y pensar todo lo que quiera. A... no será nunca más que un bello nicense, un vividor, un precioso ridículo. ¡Oh! No; cada hombre tiene un defecto cual-

quiera, bastante para que no se le ame: el uno es bestia y el otro malvado, el otro grosero, el otro... En fin, yo busco en vano la perfección moral y corporal.

Ahora que son las dos de la mañana, que estoy encerrada en mi cuarto, envuelta en un largo peinador blanco, los pies descalzos y los cabellos sueltos, como una virgen mártir, bien puedo entregarme á estas amargas reflexiones. Partiré, llevando en mi corazón todo lo que puede caber en él, de malo y de triste.

28 de Diciembre de 1875.

No quisiera la compasión del público, pero quisiera hallar una criatura que me comprendiera, que me compadeciera, que llorase conmigo sinceramente, sabiendo por qué llora, penetrando conmigo hasta lo más recóndito de mi corazón. ¿Hay algo más despreciable, más vil y más grosero, que el género humano?

Martes, 29 Diciembre de 1875.

Hemos estado á visitar á la señorita de M... Me ha dado siete cartas de recomendación para Roma. Dios quiera que me sirvan como desea esta excelente señora, que tanto me ama. Cada uno, es evidente que tiene sus penas: unos están enfermos, otro enamorado; uno desea el dinero, el otro todo le había. Quizás digan los que me leen: Pobre joven desequilibrada; ella se cree sola y desgraciada, siendo así que es más feliz que otras muchas. Pero mi tormento es el más grave y detestable de todos.

Si se pierde un ser querido se le llora durante un año, durante dos años y se queda uno triste para el resto de su vida. ¡El mayor dolor se atenúa con el tiempo, pero un tormento incesante, eterno!...

Acabo de leer las cartas de la señora de M...; no se puede ser mejor, no se puede ser más encantadora, y sin embargo, la mayor parte de los que quieren, no pueden. Hace seis años que sa-

lió de Roma y dudo que sus amistades se acuerden de ella, esto aparte de que su influencia nunca fué grande.

*¿Has sufrido? ¿Has llorado?
¿Has languidecido sin esperanza?
¿El alma de duelo y el corazón destrozado?
Entonces tú comprenderás mi sufrimiento.*

Esta noche *Sapho*. Me he puesto una especie de camisa napolitana en crespón de china azul y encajes antiguos con el delantero blanco. En fin, esto no es para descrito; resulta original y encantador, con una chaquetilla blanca y una limosnera de satén blanco. Al llegar á la terminación del primer acto, estamos cerca de P... y de la R... y oigo la voz del Sorprendente. No se puede decir nada de su figura; es espléndida, poco importa sea real ó sea fingido. Ella tiene los cabellos no sé cómo. En Spa ella era más rubia que yo, aquí es más morena...

....De una serpiente amarilla y silbante....

Actualmente, la Americana que tiene en su casa, duerme, sin duda, con sueño que la conservará su cutis de vein-

tisiete años, mientras que yo envejeczo. Mientras tanto, yo he caído de rodillas, implorando á Dios, con los brazos extendidos, la mirada fija hacia adelante, ni más ni menos que si Dios estuviese en mi habitación. Creo que algunas veces digo muchas impertinencias al buen Dios.

Los S... han venido á casa, y después de comer nos reunimos de tertulia y reímos casi como antiguamente; es decir, los otros; yo no podía. Después hemos vertido cera derretida en agua fría, para mirar las sombras. Yo he sacado sucesivamente, un león con una de las patas de adelante extendida y en la que sostenía una rosa. ¡Qué curioso es esto! Después un gran montón de no sé qué, coronado por una guirnalda sostenida por amorcillos. En cuanto á M..., su figura de cera proyectaba una sombra macabra. Una mujer acostada, como si estuviera muerta y con las manos cruzadas sobre el pecho. O... y Dina obtuvieron sombras insignificantes. A las doce menos cuarto de la noche, cuatro espejos estaban preparados. Dos en

el cuarto de Dina y dos en el mío, y hemos practicado el obligado sortilegio.

He mirado con toda atención, sin moverme, casi sin respirar. Estaba en camisa y con el cabello suelto, según es de rigor. Pero todo esto era vago, confuso; oscilaba formándose y deformándose á cada instante.

Sábado, 1.º de Enero de 1876.

Ya estamos en año nuevo. ¡Salud y prosperidades! No he pasado tan mal como me temía el primer día de 1876. Dicen que todo el año se pasará como se pasa el primero de Enero. Yo lo he pasado en el vagón del ferrocarril y, en efecto, he viajado bastante.

Mañana; sí, mañana. Estoy contenta con partir y muy dichosa, porque tengo un plan: plan que se desbaratará, como ha ocurrido con tantos otros, pero que en el entretanto me divierte. En fin, he aquí, que si no fueran las dos de la mañana, escribiría toda una historia sobre la venta del alma, los monjes, etc. No he llorado; no me he sentido ni una sola

vez triste; al contrario, he procurado estar muy gentil para entrar en el nuevo año con buen pie. Parto y no pienso ya sino en el regreso. En Roma cambiaré de opinión, sin duda, como siempre; aquí es donde yo quisiera vivir.

Domingo, 2 de Enero de 1876.

Salgo mañana á las tres, he dicho, ó más bien meditado; y el domingo á la una, todo está cada cosa por su lado, las maletas están todavía por hacer, todo está lleno de trajes y adornos.

Por mi parte, me pongo un traje gris y espero tranquilamente. C... y Dina se dan tan buena maña á trabajar, que todo está listo á la hora de salir.

A las dos y media montamos C... y yo en un cochecillo y vamos al paseo, donde oigo una vez más la música municipal de Niza

—«Observad — dije á C.—, que si este trozo de música es alegre, nuestro viaje lo será también, porque yo soy supersticiosa.»

Y efectivamente, el trozo de música era muy alegre.

He visto á G... que me dijo «adiós» una vez más. A quien no he visto ha sido al Sorprendente, pero esto me tiene sin cuidado.

Tomamos el landó y vamos á la estación. ¡Ah! allí iban llegando unos tras otros nuestros amigos. Correteo, río y revoloteo como un pájaro. ¡Qué amables son y qué pena me da separarme de ellos!

—Aceptáis esta alegría—me dice B...
—pero estoy seguro de que en el fondo estáis triste.

—¡Oh! ¡no lo creáis!

*«Siempre que Niza se abandona
Y se la vuelve á visitar,
Es corazón el que razona,
Pues sólo amor llega á inspirar.»*

¡¡Bravo!! ¡¡bravo!!

Esta quarteta fué hecha una noche que nos dedicábamos á hacer versos con G...

—Dadme cigarrillos—dije dulcemente á mi tía.

—Más adelante.

—Yo creía que ella se había olvidado de esto, cuando en Mónaco envuelve unos cuantos en un papel y me los da.

¡Ella que se alborota cuando se los pido en casa! En Mónaco se separa de mí y estos malditos cigarrillos me hacen llorar. Lo siento por la pobre, por el abuelo, por mi tía, por C..., por todo el mundo. Estoy contrariada de seguir el viaje con mamá. En Spa estaba con ella, pero después me he acostumbrado á estar con mi tía.

¡Qué tormento! Imagináos el engorro de un viaje por Italia. Ni mamá ni Dina saben el italiano; yo me niego á servirme de mi lengua, puesto que apenas puedo servirme de mis piernas. A fuerza de lamentarme de no estar con mi tía y de decir: «¿Quién os ha mandado venir con nosotros? Yo debía seguir con mi tía. ¿A qué habéis venido conmigo?» Consigo una obediencia pasiva y una amabilidad imposible de imaginar.

La noche la pasamos en el vagón; yo me quejo, lloro y digo las cosas más extravagantes á mi madre, como una bestia que soy.

En fin, á las tres de la mañana del lunes 3 de Enero, en esta triste planicie, que se llama la campiña de Roma, comienzan á aparecer las ruinas, las columnas y los acueductos y llegamos, por fin, á la estación. No veo ni entiendo, pues estoy toda destrozada después de haber pasado veinticuatro horas sin dormir.

Nos conducen al Hotel de Londres, plaza de España, donde tomamos unas habitaciones en el piso bajo, con rejas á la calle, con un salón amarillo, muy elegante y propio. Estoy fatigada, triste; en el estado en que me encuentro, necesitaría que alguien me sostuviera y consolara y mamá, ¡oh, Dios mío! llora.

Es menester darse prisa, darse á conocer, orientarse; este cambio me desagrada.

Calles nuevas, figuras desconocidas y nada de Mediterráneo. En su lugar, el miserable Tíber. Me encuentro anonadada cuando estoy en una población nueva. Me encierro en mi habitación para dar un poco de sosiego á mi espíritu y á mis nervios, que bien lo necesitan.

Martes, 4 de Enero de 1876.

Ayer mamá escribió á B..., hermana del médico de la Emperatriz y hoy ha venido á visitarnos. Se dedica á la pintura. Después de esta visita salimos. ¡Oh! ¡qué ciudad más antipática, qué aire más impuro, qué mezcla más deplorable de antigua magnificencia y de vulgaridades nuevas!

Hemos paseado por el Corso, la Vía Gregoriana, el Foro de Adriano, el Foro de Roma. Hemos visto las puertas de Septimio Severo, de Constantino, la Vía Pía, el Coliseo; pero todo esto es demasiado vago y no lo reconozco. El paseo de Pincio es encantador, allí tocaba la música, pero había poca gente cuando nosotras estuvimos. Estatuas, estatuas por todas partes. ¿Qué sería de Roma si no hubiera tantas estatuas? Desde lo alto del Pincio hemos contemplado la cúpula de San Pedro y el conjunto de la población; estoy satisfecha de encontrarla más grande; así será más fácil de reconocer.

En el paseo nos hemos divertido y

encontrado á los S..., A... y P... de Roma. El sol ha brillado por su ausencia y hace un tiempo pesado y triste.

«Al llegar á Roma, yo no tenía ningún sentimiento artístico; es Roma quien me los ha despertado.» Yo no quiero visitar nada, ni á nadie antes de instalarnos; la velada la pasamos echándome los naipes y escribiendo cartas.

Esta estancia en Roma me parece un destierro, y pienso con alegría sin igual en la vuelta á Niza. Los naipes me auguran muchas cosas buenas, ¿pero puedo creer en los naipes?

¡Oh! ¡Si yo pudiese casarme con cualquier príncipe, entonces sí que volvería á Niza y haría allí una entrada triunfal! Pero no, está escrito que nada he de conseguir; por lo tanto, ya no haré más planes y si los hago será con la dolorosa convicción de su inutilidad. ¡He sufrido siempre tanto desengaño!

Miércoles, 5 de Enero de 1876.

He aquí lo que escribo al General:
«Estoy en Roma, cosa sorprendente

(¡ah, bien sorprendente!) Hace un frío como el de Rusia; el agua se congela en las fuentes, pero el frío no sería nada si no hubiera más que el frío. Desde por la mañana estamos buscando alojamiento y no hemos encontrado más que uno solo, pero no he tenido valor para subir á verlo cuando me han llamado la atención hacia un pozo negro y mal oliente. Busco en vano una casa que tenga algún parecido con las casas de Francia. No encuentro más que ruinas y columnas carcomidas. Esto será sin duda muy bello, pero convendréis conmigo en que un buen piso confortable es infinitamente más agradable, aunque sea menos artístico.

»Yo creo que acabaremos por alojarnos en los baños de Caracalla ó en el Coliseo. Los extranjeros me tomarán por una sombra de cualquier mártir cristiana devorada por los tigres feroces, ante un emperador carnívoro. En cuanto á los muebles, nos contentaremos con fragmentos de estatuas ó de algunas osamentas, restos sublimes de un pasado imposible de resucitar. Des-

pués de mi instalación en el Coliseo ó en el Foro, os daré más detalles sobre la ciudad eterna. Mientras tanto, querido general, espero carta vuestra, que será seguramente encantadora é interesante. ¡Adiós! hasta la vista.

MARÍA BASHKIRTSEFF.»

Es la pura verdad: ni una habitación medio regular; ¿en dónde estamos? ¿Puede llamarse capital á este villorrio? Cualquiera diría que no estábamos en Europa. Ni una mala casa para alquilar. Estoy desanimada, aburrida, pero no puedo pensar en que esto cambie hasta que llegue Mayo.

¡Oh, Roma! Creo que acabaremos por alquilar las mejores habitaciones del hotel y quedarnos aquí. Sólo se respira en la plaza de España. ¿Es posible que esto sea Roma? ¡Qué mezcla de bellas antigüedades y de nuevas ordinarieces!

Jueves, 6 de Enero de 1876.

B... ha estado de nuevo á visitarnos

y ha traído los nombres y señas de los profesores. En seguida tomamos un carruaje y mamá va á casa del Preste ruso, archimandrita Alejandro. Como es archimandrita, está casado, porque entre nosotros, los prestes y los diáconos, son los únicos que pueden casarse. Mamá dice que esto es encantador. Nuestra embajada no ha dado resultado y todavía no hemos fijado día de la semana para recibir.

Este mundo me hace amar á Roma. Apenas me acuerdo de Niza, villa ingrata y embustera.

Triste é indecisa ayer, estoy hoy alegre y confiada. He escrito á mi tía para que me envíe á F...; el negrito gordo hará aquí muy buen papel.

He cenado muy bien y paso la velada leyendo la historia de Carlos el Temerario.

Yo creía, «en mi innato candor», que no había más mundo que Niza; pero ya me entero de que hay mucho más y muy interesante.

Después del paseo hemos atravesado el Corso lleno de carruajes que iban y

venían entre dos liormigueros de gentes de todas clases y categorías. Entre la concurrencia estaba D... Ahora mis ojos no se cansan de admirar las antigüedades y bellezas de Roma. Me domina la curiosidad, el deseo de visitarlo todo. No tengo pereza para nada. Busco la agitación. ¡Ah! ¡Si yo pudiese!... Todavía me acuerdo de Niza. Cuando una cosa se nos resiste, por vulgar que sea, adquiere á nuestros ojos un valer extraordinario. Hay que persuadirse de esta verdad. No crea el que esto lea que me he embrutecido hasta el punto de no ver nada más allá de la quinta de S... Por el contrario, soy actualmente más ambiciosa que nunca. Escupir á quien nos ha escupido encima, y darle un puntapié, es un placer que puede permitirse cualquiera bien nacido.

Viernes, 7 de Enero de 1876.

¡Dios mío! Qué precios gastan en Roma. Por 1.800 francos no se tiene sino lo necesario. En el Hotel de Roma he visto un piso tan amplio y tan her-

moso, que me ha trastornado la cabeza. En Francia no se puede tener idea de esta grandeza, de esta venerable majestad. Después de mucho buscar en vano, hemos tomado en el Hotel de Londres, en el piso primero, con un balcón á la plaza de España, un bonito alojamiento con salón, varias alcobas y un cuarto de estudio. Hemos estado en el taller de B..., que tiene indudablemente mucho talento.

Martes, 11 de Enero de 1876.

No hemos salido de casa; pero ha venido el pintor Karlobinski y mañana comenzarán las lecciones. Como Faloux no podía salir de casa, nos ha enviado al caballero Rossy, el cual nos ha dicho una porción de cosas agradables. Yo he sido quien le ha recibido y he tenido ocasión de enterarme de muchas cosas concernientes á la ciudad.

Estoy muy orgullosa de haber recibido yo sola á alguien. Parece esto el primer acto de la voluntad de un rey. El preste ruso ha venido á vernos tam-

bién. En Roma me gustan los frailes. Esto es nuevo para mí y me encanta.

Al fin, ya tengo un profesor de pintura; algo es algo. Hoy lo veo todo de color de rosa y pienso en una carta en que se diga de A... *¡Et eum dicat super malitiosum, improbum, inhonestum, cupidum, luxuriosum, ebriosum!* Esto es lo que Septimio Severo decía de Albino.

Es positivo que el invierno pasa más deprisa. En Niza me siento mejor con todos mis infortunios y me desespero con facilidad. Sólo que allá en la primavera última no había nadie. Únicamente á nuestro alrededor se congregaba lo mejor de la sociedad. La P... estaba abandonada y las otras también. En cambio esta primavera no habrá nadie todavía, pero la P... habrá tomado á R... Estos señores, bajo la dirección de T..., la forman una especie de cohorte, como hace tres años se la formaban á la joven princesa G... y á la señora T..., ambas fallecidas hace seis meses.

En fin, veremos. Mientras tanto estudiemos, y tratemos de divertirnos.

Oremos á Dios y entretengámonos en escribir cartas.

Miércoles, 12 de Enero de 1876.

B... y su primo han estado á visitarnos. Cuando estos rusos se marchan me envuelvo en mi peinador y me digo una porción de cosas que me elevan hasta el rango de las diosas, para después descender hasta decirme algunas otras deshonestas.

Me divierto con decir estas extravagancias, que hacen reir á mamá y á Dina. He recibido una carta de B... Este encantador amigo me cuenta todas las novedades de Niza. P... ha dado una reunión á la que ha asistido todo el mundo.

Parece que delante de buen número de personas se ha hablado de nosotras, en casa del cónsul. Este y su señora nos han hecho muy buenas ausencias. «Estoy satisfecho, dice B..., de ver que ellos son tan buenos amigos vuestros, aunque no frecuentáseis mucho su sociedad».

En fin, estoy muy contenta, muy tranquila y voy á acostarme.

Jueves, 13 de Enero de 1876.

Mamá y Dina están en la iglesia, pues es el día primero de nuestro año. Yo me quedo en casa cosiendo, que es por el momento mi capricho. Es menester que yo haga lo que quiera. B... ha venido á felicitar-me.

Sólo, allá, á las cuatro, consiguen hacerme salir de casa y á las cinco mamá va á la Embajada, pues es la hora en que la baronesa D... recibe.

Hemos tenido un telegrama de Barnola, en que nos felicita y me recuerda la promesa que le hice de beber un vaso de agua en la fuente Tremi, el primer día del año ruso á las dos. Me ha jurado amistad y yo le correspondo.

He recibido una carta de mi tía en que me dice que A... corteja á una inglesa, á la que ha puesto el apodo de «Oliva». Mi tía tiene una imaginación muy viva. A los solos tres días de nuestro conocimiento con el Sorprendente,

ella me decía ya que el pobre loco estaba enamorado de mí. Le reconvenía con dulzura pronosticándole que correría la misma suerte que el conde polaco. Ahora le ha visto en Mónaco con la inglesa y ya los da por casados. ¡Ah! esto es verdaderamente atroz.... Siempre las conjeturas. ¡Ah! ¡si yo pudiera saber la verdad! Tengamos paciencia. Esto es fácil de decir, pero difícil de conseguir. ¡La paciencia, virtud de las almas frías!

Yo no creo amar al Sorprendente, yo no le encuentro en mi fondo, pero de todos modos, mi superficie se ocupa bastante de él. Si él me amase no me parecería mal. ¡Esta es la verdad!

Viernes, 14 de Enero de 1876.

En Pincio encontramos al conde B..., quien al verme hace un ademán de sorpresa; después saluda á mi madre.

A las cinco hemos ido á casa de F..., un clérigo gordo, negro, ágil, viejo, con peluca, jesuíta, hipócrita. Nos recibe muy políticamente en sus elegantes sa-

lones, todos abarrotados de cosas del mejor gusto. Gobelinos, cuadros, ¡y que todo esto sirva de recreo á un vil jesuíta! ¡En fin...!

Hemos ido paseándonos hasta la villa Borghia, que es más bonita que la de Doria. Allí estaba todo el mundo y la gentil princesa M... se paseaba á pie como una simple mortal, seguida de su carruaje, con el cochero y los dos lacayos de roja librea. Tantos coches blasonados me entristecen. No conocemos á nadie. ¡Dios mío, venid en mi auxilio! Puede que resulte ridícula con mis quejas y mis ruegos de siempre... pero soy tan desgraciada. Por la noche mamá me pregunta la fecha del Carnaval del año pasado; me dirijo á mi diario y sin darme cuenta de ello, paso dos horas hojeándolo.

Yo me había dicho: vivo para ser dichosa. ¡Todo debe inclinarse ante mí! Y ved lo que sucede: nunca me había asaltado la idea de que me pudiera faltar cualquier cosa.

Un retraso pase, pero una falta completa, ¡tendría gracia!... Y veo con te-

rror y humillación que me he engañado, que nada sucede según mis deseos. Y esto no es porque yo ame á alguien, porque yo no puedo amar á nadie seriamente; yo ansío una corona y el dinero, y esafrentoso pensar que todo se malogra. A cada momento tengo ganas de pedir á Dios y en seguida me arrepiento. Rogaré una vez más. ¡Sea lo que Dios quiera!

¡Dios mío, Virgen santa, no os burleís de mí, tomadme bajo vuestra protección!

Domingo, 16 de Enero de 1876.

Comprendo que escribo mal, porque acabo de leer mi diario antiguo. Mamá me pidió que la leyese lo de la época de G...; yo leía saltando una porción de cosas. Lo que parece sencillo escrito, no lo es leído en alta voz. Tengo el rostro arrebatado y frío en las manos, y acabo por manifestar que no puedo seguir leyendo.

—Ella nos lo leerá dentro de dos años
—dijo mamá.

Después de San Pedro, mamá va á casa del barón de I..., el primo del embajador. Ha hecho amistad con la embajadora. Estas personas son muy sencillas, muy amables, y el barón, sobre todo, me agrada.

En Pincio había gran concurrencia. El Corso y la plaza de la Columna estaban al volver de Pincio llenos de coches y de gente.

Cenamos en la mesa del hotel, porque el hijo del gran duque de Baden cenaba allí; había mucha gente del gran mundo y el gran duque es muy gentil.

Miércoles, 18 de Enero de 1876.

En Pincio, donde hemos ido, había mucha gente distinguida. El duque de L..., hijo de la gran duquesa M..., hermana del Emperador, estaba allí con la señora A..., que es la esposa de un prefecto ruso. El duque de L... la ha visto y se ha unido á ella, acompañándola todo el tiempo. Dícese que están casados secretamente y que residen en el extranjero. Esto es lo que se llama te-

ner buena suerte. Ella llevaba librea y caballos magníficos... Yo creo que bien merecía ser nieta del Emperador de Rusia.

Jueves, 19 de Enero de 1876.

En la iglesia de San Juan hemos encontrado á la baronesa de I..., que se ha acercado á mamá y la ha estado hablando mucho tiempo, excusándose de no haber venido á visitarnos todavía, á causa de la enfermedad de su marido. Mamá estuvo el domingo último en su casa; de esto hace tres días.

Desde allí hemos ido á Pincio, después al Corso; en todas partes gran concurrencia; yo amo esta animación.

Mi tía escribe que el Sorprendente, pero ella ya no le llama así; todo el mundo en Niza no le llamaba más que «Barbarrasa»; mi tía escribe que «Barbarrasa» estaba en la Opera y que toda la noche no ha hecho más que llorar. Llorar, pero de veras.

No hay noticias de Rusia. Esto no es

nada bueno. No hago más que rogar á Dios y temer.

Yo me quejo ahora, pero ¡qué sería si llegásemos á perder nuestra fortuna! ¡Horror!

Ruego á Dios y tiemblo. Dios no me abandonará.

19 de Enero de 1876.

Me aburro en Roma; Niza, este es mi país querido. Me gusta Roma, París y Londres, los reyes y sus cortes; pero no hay nada tan gentil como mi querida villa. Si alguna vez llego á ser rica, titulada y dichosa, no la olvidaré nunca, sino que pasaré en ella algunos meses todos los años. Es decir, muchos meses no, porque exceptuando á Londres, en todas partes el invierno es la estación principal.

Hemos ido á la fotografía de S... para decirle que el lunes vendré á retratarme. Allí he visto retratos de gran número de personas, á quienes no conozco. Al mirar á L..., su mujer y L... D..., me ha parecido que iban á saludarme.

Después una mujer encantadora, de grandes ojos oscuros, de espesas cejas y de nariz recta. Se parece á la R... Dina dice que es ella, pero no. Ella no tiene esta barbilla redonda con este hoyuelo, ni estos magníficos ojos. No, esta no puede ser ella. Ella no es tan hermosa.

Después al Pincio; después á casa de la modista para encargarme una gorra «María Stuardo» y un turbante «María Antonieta». Esta mujer me enseña un vestido que está haciendo para el Quirinal, donde pasado mañana hay baile.

Todo esto me atormenta de un modo increíble. ¡Si se supiese cómo tiemblo de pensar en que este Carnaval lo he de pasar sin una sola distracción! En casa encontramos la tarjeta de la embajadora; nos ha devuelto, pues, la visita; es un poco tarde, pero da lo mismo. Su prima viene á la hora de cenar. El gran duque de L... la ha preguntado dónde estábamos (dónde estaba esta bella rusa). B... dice que mamá debía ir á casa de la marquesa de M...

La dice que esto es aquí costumbre,

sobre todo tratándose de una dama extranjera y otra romana. Mamá irá á todas partes, puesto que va siempre donde yo quiero. Mi tormento no tiene fin. Me muero por momentos. ¿Se quiere una prueba de mi desesperación? Hay momentos en que espero casarme con A... y ser cualquier cosa en Niza, en casa de la P...; esto dará idea de mi desesperación y de mi desaliento.

He tenido estos humillantes pensamientos más de un vez y los consigno aquí para probar hasta qué punto he descendido, cómo estoy degradada y martirizada de llevar la vida que llevo. ¡Quién me devolverá mi tiempo perdido! ¡mis mejores tiempos! He usado todas las expresiones que se me ocurren y temo no haber logrado hacerme comprender.

He escrito á C... y á B..., pues tenía prisa de hacerles saber la buena noticia. Tengo el registro medio muy débil, lo que da á mi voz una extensión anormal. He encontrado una manera de cantar que me lo refuerza singularmente de tal manera, que resulta casi tan fuer-

Maria Basbkirtseff

te como el resto. Esto me entusiasma y me apresuro á escribírselo á B..., que tanto se interesa por mi voz. Sin esto me hubiera sido indispensable dos años de estudios para tener el registro medio conveniente. Doy gracias á Dios por ello y le ruego que me conceda otras cosas.

Jueves, 20 de Enero de 1876.

Después de tres años de estudios, si no ocurre ningún contratiempo, tendré una voz como hay pocas, y contaré escasamente veinte años.

¡F... es severa y justa!

Temo decir todo lo que pienso de mi voz; una extraña modestia sella mis labios. Por tanto, yo siempre he hablado de mí como si hablase de otra, lo que ha podido motivar el que pareciese ciega y arrogante.

Viernes, 21 de Enero de 1876.

Me he encargado un vestido como el de Beatriz del Dante.

Sábado, 22 de Enero.

He aquí una prueba más de la mentira de las cartas. Ayer hice venir á una adivinadora para que me echase la buena ventura. Me dijo que invocase á mi amado. Invoqué á A... y esta mujer acabó diciéndome que él no puede vivir sin mí; que se muere de tristeza y de celos y que está furioso porque una rival mía le ha dicho que yo amo á otro.

¡Mueran todas las echadoras de cartas y adivinadoras!; sus sortilegios y sus augurios no son sino burdas mentiras.

Domingo, 23 de Enero de 1876.

Me están haciendo un vestido blanco, largo, para casa, que usaré en Niza por la primavera. Niza, maldita villa, ¿por qué no podré yo vivir en ella como deseo? En Niza, conozco á todo el mundo; pero vivir en Niza, de otro modo que no sea como una reina, no vale la pena.

Estoy triste de encontrarme en el extranjero, y no pienso más que en

volver allá, pero sólo por un día; porque si hubiera de estar mucho tiempo, concluiría por desear marcharme.

Por la noche hemos ido al teatro de Apolo, donde representaban *La Vestal* y un baile. He ido con vestido blanco y peinado griego. Había mucha gente, sobre todo muchos hombres. Entre nuestro palco y el escenario no había ninguna señora.

Del lunes, 24 de Enero, al 10 de Febrero de 1876: Roma, Hotel de Londres, plaza de España.

Juro que todas las frases trágicas y de celos sobre A..., fueron escritas bajo la influencia de lecturas novelescas y que al escribirlas yo no creía en ellas sino á medias: lamento mucho estas exageraciones.

Lunes, 24 de Enero de 1876.

El archimandrita ha estado á visitarnos. Es un libertino muy simpático que después de haber sido militar, se hizo

fraile, desesperado por la muerte de su esposa. Nos dijo que hay una señora, la señora de S..., que desea vivamente hacer amistad con mamá.

Al volver de casa del fotógrafo, tantos pensamientos negros tengo en la cabeza, que no tengo ganas de vestirme y dejo á mamá y á Dina salir sin mí. Quedo sola y triste en casa. Canto trozos de *Mignon*.

Martes, 25 de Enero de 1876.

Siento la nostalgia de mi país. Doy una lección de canto y después salgo de casa con mamá. Vamos al estudio del señor d'E... Nos pide permiso para presentarnos al muy conocido y estimado Sr. Bénard.

Este nos cuenta una porción de cosas interesantes de Roma. De allí vamos á casa de F..., que ayer preguntó cuál era nuestro día de recibir.

Este clérigo es muy campechano y hasta ha hecho cabriolas ante nosotras. Dice que me vió en la Opera, sobresaliendo con mi traje blanco. Nos dijo

también que para tener entrada en la Corte, basta con escribir al embajador ó al ministro.

—Yo quisiera—añade—poder abriros la otra puerta de igual modo que os he abierto la puerta santa.

—¡Oh, monseñor!—le replico—siempre es preferible la puerta santa.

Desde allí nos dirigimos á casa de la señora de S... (el archimandrita la ha prevenido y nos esperaba), que es la mujer más amable y más traviesa del mundo. Nos acoge de una manera encantadora y en seguida se comienza á hablar del Quirinal.

FIN

COLECCIÓN «VERDAD»

La intensidad de la vida moderna obliga á los hombres á adquirir los mayores conocimientos en el menor tiempo posible.

Los volúmenes de la Colección **Verdad** resuelven esta necesidad. Contienen ideas y trabajos salientes de literatura y de ciencias, presentados en una forma clara y precisa por sus autores.

Estas obras son **absolutamente inéditas**, ofreciendo un alimento intelectual concentrado. Los libros, elegantemente presentados, pueden acompañar al lector á todas partes.

Pocas palabras; muchas ideas

es el lema de nuestra Colección **Verdad**, que será de las bibliotecas contemporáneas la más interesante y la más instructiva.

COLECCIÓN «VERDAD»

No publica más que lo inédito.

PRIMEROS VOLÚMENES

JUAN FINOT.—La agonía y la muerte de las razas.

CAMILO FIAMMABIÓN.—Cuentos filosóficos.

EDMUNDO PERRIER.—La vida en los planetas.

DR. J. HERICOURT.—Los 36 mandamientos de la Higiene.

DR. MÁXIMO BILLARD.—Un hijo de Napoleón I (según documentos inéditos).

A. FRANCE, BERTHELOT, FOUILLÉ, NORDAU y otros. La moral sin Dios (ensayo de solución colectiva).

MARÍA BASHKIRTSEFF.—Memorias inéditas. Prefacio de Mme. Rene d'Ulmes.

PRÓXIMAMENTE

ENRIQUE POINCARÉ.—La Moral y la Ciencia.

MAX NORDAU.—Maha Rog.

CENTRO EDITORIAL DE GÓNGORA

San Bernardo, 50 (Madrid-España).

Esta Casa editorial, ventajosamente conocida por sus diferentes ediciones y en especial por sus *Bibliotecas Jurídica é Histórica y Colección de Leyes y Códigos anotados*, remite franco de porte el catálogo de sus obras á todo el que lo solicite en sus oficinas ó al *Apartado de Correos, 152*.

La **Casa editorial de Góngora**, es también propietaria de la acreditada

REVISTA DE LOS TRIBUNALES

Y DE

LEGISLACIÓN UNIVERSAL,

la publicación jurídica más importante de España, que dirige el EXCMO. SEÑOR D. FRANCISCO LASTRES, y en la que colaboran las más prestigiosas firmas del Foro europeo é hispano-americano. Pídanse números de muestra, que se remiten gratis, á la Casa editorial de Góngora.

San Bernardo, 50. Madrid

CENTRO EDITORIAL DE GÓNGORA

San Bernardo, 50. MADRID

NUEVA BIBLIOTECA

COLECCIÓN DE OBRAS DE DERECHO, FILOSOFÍA
Y ESTUDIOS SOCIALES

VOLÚMENES ÚLTIMAMENTE PUBLICADOS:

Los Vicios irremediabiles del Jurado.

(Es preciso suprimirle), por D. Antonio Rodríguez Martín, Magistrado de Audiencia provincial.

El Alma española. *(Ensayo de psicología nacional)*, por D. Gustavo La Iglesia.

EN PUBLICACIÓN

Estudios jurídicos, por D. Primitivo González del Alba, Magistrado del Tribunal Supremo.

La crisis de la Justicia, por D. Antonio Aguilar y García.

Operaciones de Bolsa, por D. Francisco Lastres, Senador del Reino.

El Derecho civil privado de Navarra y su Codificación.—Estudio histórico-crítico por D. Víctor Covián y Junco, Magistrado del Tribunal Supremo.

MARQUES DE SAN JUAN DE PIEDRAS ALBAS

BIBLIOTECA

	Pesetas
Número. 296	Precio de l. obra.....
Estante. 110	Precio de adquisición..
Tabla... A	Valoración actual.....
	Número de tomos.



Fr: 1 Pa

296.

COLLECCCION "VERDAD"